

SÓLO PARA ROBOTS

LOUIS G. MILK

Louis G. Milk

Sólo para robots

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51—53 — BARCELONA
Dr. Julián Álvarez, 151 — BUENOS AIRES

Núm. de Registro: 3939 — 1965
Depósito Legal: B. 21.295 — 1965

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY, S. A. — Arnaldo de Oms, 51—

53 — BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO

La otra vez, yo era un robot.

Todavía sigo siéndolo, no sé si afortunada o desgraciadamente. Uno nace robot —o le hacen nacer, que no es lo mismo— y ya no hay nada que pueda modificar esta situación; es preciso seguir siendo robot hasta... ¿la muerte?

No hay muerte para un robot; sólo desguace. Un día me llegará a mí ese momento. Claro que no lo veré ni lo sentiré; antes habrán desconectado la micropila nuclear, que es el «corazón» artificial que me da la vida, y todo se habrá acabado para un seguro servidor de ustedes, mis lectores; servidor, en general, porque soy el esclavo mecánico de un amo que me tiene alquilado y al cual sirvo.

Mi amo es el inspector Ferdinand —Ferdy— Kastell, un humano joven, y si no un prototipo de belleza masculina, sí lo bastante feo y atlético para hacer volver la cabeza a todas las mujeres desde los quince a los setenta años, él no la vuelve, claro.

Perdón, no dije qué inspecciona el inspector. Es policía. Está en la plantilla de la Comisaría Nº 30. Enérgico, resuelto y con la inteligencia suficiente para mantener a raya a los malhechores que

pululan por su demarcación, lo cual significa que el territorio asignado a la comisaría Nº 30 es el más «limpio» del Gran Berlín del siglo XXIII. Él mantiene limpia una zona de la ciudad y yo mantengo limpia su casa. Cada cual a lo suyo.

Como robot, tengo ciertas limitaciones: una de ellas, la primera y principal, es no causar daño, por ningún concepto, a ningún ser humano. Es decir que yo no puedo realizar ninguna acción, consciente o inconsciente, de cuyos resultados pueda inferirse daño alguno para un ser humano, por muchos beneficios que otros seres humanos puedan obtener de mi acción. Me explicaré.

Supongamos que capto un asesinato con mis circuitos visuales. La imagen del asesino queda grabada en el circuito memorístico correspondiente. Sé quién es, pero no puedo delatarle, porque, al hacerlo, le causaría daño… el que recibiría por la pena que le sería impuesta. En el Código Penal del siglo XXIII ya se prevé un caso semejante; por eso, la ley prohíbe taxativamente que un juez pueda expedir un mandamiento para que los técnicos correspondientes investiguen en los circuitos de un robot en casos como el hipotético que acabo de describir. Teóricamente, la justicia sale perjudicada, pero, a la larga, esto es un beneficio, porque la Ley fundamental robótica no es conculcada… y los humanos pueden seguir usando de nosotros, los robots, sin restricción alguna. Sería horrible que se permitiese a un robot causar daño a un ser humano; todos los fundamentos de la civilización de nuestro siglo se vendrían abajo… y tendrían que destruirnos a todos.

Sin embargo, hubo una ocasión en que yo ayudé a mi amo a descubrir un crimen[1]. Pero es que el autor del crimen no era entonces un ser humano; es decir, aunque poseía inteligencia, y sumamente desarrollada, su figura no era la de un ser humano terrestre. A poco, el gobierno del planeta aprobó la ley que dice que todo ser vivo, con inteligencia igual al promedio de la terrestre, será considerado como un ser humano a todos los efectos. Como cuando cometió el crimen —y yo lo descubrí— no se había aprobado todavía dicha ley, resulta que no obré contra mi retórica constitución al hallar al asesino… que sufrió el daño consiguiente a la pena que se le aplicó por su crimen.

Por eso soy sólo un servidor del inspector Kastell: un simple mayordomo mecánico. Tengo, naturalmente, un numero de serie,

procedente de la fábrica: RR—07—TS—401, pero mi amo, que posee un acusado sentido del humor, aprovechó las dos iniciales primeras para colocarme un nombrecito que a él le agrada mucho y a mí… bueno, ¿qué puede hacer un robot, sino obedecer al humano a quien sirve? El nombre, para lo que gusten mandar, es Rocky Robot.

Y tras este ligero exordio, es hora ya de que demos comienzo a la presente historia, la cual, pese a su título, también es para humanos, para ustedes, lectores míos.

La historia empieza el día en que llegó a mi casa una visita inesperada. Una dama enlutada, de ojos de noche y expresión implorante, con la belleza de una hurí y la silueta as una sílfide. Su aspecto era el de una princesa perseguida por un fiero dragón. Cuando la vi, maldije mi robótica condición; ¡cómo envidiaba en aquel momento a los humanos!

Yo había terminado ya el arreglo dé la casa. De haber sido un mayordomo de carne y hueso y no de plástico y metal, me habría arrellanado en un rincón, con una copa de buen jerez en la mano y un habano en la otra, para contemplar el «Western» de turno en la TV. El jerez y el cigarro hubieran sido de mi amo, como puede suponerse; pero, privado de saborear tan exquisitos vicios, sólo me quedaba el tomar unas gotas de aceite del último lanzado al mercado. Lo había hecho dos semanas atrás y mis articulaciones estaban en buen uso, así que ni ese recurso me cabía.

Me gustaba grabar películas del Oeste en mis circuitos memorísticos. Busqué el ángulo más conveniente; tras haber conectado el televisor, me senté en un sillón y… entonces sonó el «ding—dong» de la puerta.

Como no lo expresaba en voz alta, podía maldecir al inoportuno humano que venía a relevarme de mi bien ganado asueto. Poniéndome en pie, llegué al vestíbulo, abrí la puerta… y entonces fue cuando vi a la dama de los ojos de noche.

—¿El Inspector Kastell? —preguntó.

Se la veía muy agitada. Vestía enteramente de luto, con ropajes que le llegaban de la cabeza a los pies, pero que no ocultaban del todo las espléndidas formas de su cuerpo de aventajada estatura. El rápido movimiento de vaivén de su opulento busto me indicó al instante la excitación que la poseía.

Tenía el rostro cubierto casi por completo por los tules negros de luto, pero los ojos y parte de la piel, de una blancura lechosa, quedaban al descubierto. Calculé que debía rondar los treinta años —¡magníficos treinta años, Edison mío!

—Lo siento, señora —contesté—. El inspector Kastell no está en estos instantes. Si quiere algún recado, lo grabaré y se lo repetiré apenas llegue...

La dama me miró con sorpresa.

—¡Ah, eres un robot! —exclamó.

—Tengo ese honor o esa desgracia, señora, según se mire —contesté.

En la fábrica me confirieron el aspecto externo de un humano del sexo masculino, de unos treinta y cinco años, bien parecido, por lo que las confusiones son frecuentes.

—No importa —dijo ella, muy nerviosa—. Esperaré. Me llamo Shinia Negg... Bueno —rió con cierta estridencia—, eso no debe importarte mucho a ti, ¿no es cierto?

—Es un nombre encantador —contesté políticamente. Era un humano, yo un robot, no podía, por tanto, oponerme a sus deseos —. Por aquí, señora; hágame el favor.

Conduje a la visitante hasta el salón de recibo y le indiqué el diván.

—¿Café? ¿Jerez? ¿Whisky? —ofrecí.

—No, no quiero beber nada —contestó, cruzando las piernas, Su nerviosismo continuaba en aumento—. ¿Cuándo regresará el inspector Kastell?

—No puedo asegurarlo, señora —respondí—. A veces regresa tan pronto como ha terminado su labor; otras, ésta se prolonga más de lo normal y...

—Está bien —atajó Shinia Negg—, esperaré todo lo que sea preciso.

Mis objetivos visores captaron las frecuentes miradas que dirigía hacia la puerta. ¿Esperaba a alguien? ¿O era perseguida?

De repente, sonó el «ding—dong» de la puerta. Shinia se puso en pie de un salto.

—¡No abras, por lo que más quieras! —me ordenó.

Había dado ya un paso, por lo que me quedé quieto en el acto. Volví la cabeza hacia ella.

—Perdone la señora, pero debo abrir. Es mi obligación —contesté.

—Te ordeno que no lo hagas. Eres un robot y yo un humano —dijo Shinia en tono imperativo.

Mis circuitos empezaron a recalentarse. Tuve que enviar al interior de mi organismo unos cientos de frigorías, a fin de rebajar la temperatura. Antes que la orden de Shinia Negg, había recibido otra de mi amo.

—El inspector Kastell me ha dado la orden de abrir a quienquiera que llame —manifesté—. Estoy a su servicio y sólo él puede revocar una orden de este género.

Así era, por lo que no constituía ningún pecado robótico desobedecer la orden de la bella de luto. Crucé el salón, pasé al vestíbulo y abrí la puerta.

—¿Dónde está? —preguntó el tipo que se hallaba bajo el dintel.

—¿Dónde está, quién? —pregunté yo, haciéndome el inocente.

El sujeto tenía muy mala cara y no precisamente por estar enfermo. Me apartó a un lado con un soberbio golpe que casi me hizo caer sentado y dio dos pasos en el interior de la casa.

Se detuvo un instante, me miró y se echó a reír.

—¡Pero si sólo eres un robot! —dijo. Y continuó su camino.

Recuperé el equilibrio y me planté en su camino.

—Perdone el señor...

—Perdona tú, saco de tuercas, pero lo que va a pasar aquí es sólo para humanos, así que no te metas en nuestros asuntos. ¿Está claro?

Lo estaba, en efecto. Después de aquellas palabras, yo no podía intervenir.

El tipo entró en el salón. Yo le seguí. Miré a Shinia, cuyos bellos ojos aparecían desorbitados por el espanto.

—No, Gyull, no —dijo.

El sujeto llamado Gyull sonreía sarcásticamente, parado bajo el arco de separación entre el saloncito y el vestíbulo. Miraba a la dama con aire entre fanfarrón y pagado de sí mismo, con los puños apoyados en las caderas.

De súbito, Shinia extrajo un revólver de su bolso y disparó los seis tiros contra Gyull.

CAPÍTULO II

Sin ánimo de ofender a los humanos del sexo femenino, diré que hay cosas que éstos, a veces, realizan del modo peor posible. Shinia estaba a seis pasos de Gyull, le disparó seis tiros... ¡y no le acertó ni uno solo!

Al contrario, si no ando listo yo, me coloca a mí todos los proyectiles, y eso que estaba a dos metros a la izquierda de Gyull.

Shinia contempló estupefacta el anticuado revólver que había utilizado contra el sujeto. Gyull se echó a reír de nuevo.

—Vamos, ven conmigo, preciosa —dijo.

Shinia me miró implorante.

—Ayúdame —pidió.

—Tendría que causarme daño y no puede —dijo Gyull con insultante suficiencia—. Es sólo un robot. ¿Vienes o te llevo conmigo a la fuerza?

La dama de luto retrocedió dos pasos, aterrorizada. Jamás había visto a una mujer tan espantada como ella.

Gyull dio un paso hacia delante. Entonces fue cuando escuché el sonido de un jarrón de porcelana al romperse en mil pedazos.

El intruso vaciló, las rodillas se le doblaron un poco y acabó por caer redondo al suelo.

Me volví. Leni Macklen, la novia del inspector, contemplaba con aire pesimista los restos del jarrón que yacían esparcidos por el suelo.

—Cuando venga Ferdy —comentó—, hará temblar las paredes con sus gritos. Pero no tenía otra arma a mano y... Rocky, ¿qué sucede aquí?

El día en que los robots puedan respirar aliviados, harán lo que hice yo en aquel momento. Conecté el circuito de la sonrisa y respondí:

—La señora Negg vino a ver al inspector, ignoro el motivo. A poco llamó ese sujeto y de la quiso llevar. Ella le disparó seis tiros...

—¿Y no le acertó ninguno? —exclamó Leni con pasmo.

Shinia se pasó una mano por la frente.

—No sé qué me ocurrió —dijo, desconcertada—. ¿Quién es

usted? —preguntó de súbito.

—Leni Macklen, periodista y prometida del inspector Kastell —contestó la muchacha.

Tiene veinticuatro años, un tipo que marea, cabellos castaños y unos ojos azul verdoso que son un verdadero encanto. Se comprende que mi amo esté chiflado por ella.

Los ojos de Shinia se oscurecieron, a la vez que sus labios se apretaban.

—Periodista —repitió en tono de desagrado.

—Así es; y no veo motivos para sentir tanta antipatía hacia mi profesión... ¡Oiga! —exclamó de repente—. ¡A usted la conozco yo!

El gesto de Shinia se endureció aún más.

—No es para mi ningún placer —respondió secamente. Recogió el bolso, que se le había caído en el momento de los disparos—. Y ahora, si me lo permite...

—No, no se lo permito —atajó Leni—. Usted ha entrado en casa del inspector Kastell con bastante urgencia, al parecer; luego ha venido este tipo que pretendía llevársela, y no por las buenas, y ha disparado seis tiros contra él. Comprenderá que el inspector tiene derecho a saber lo que pasa, señora Negg.

Aunque Leni, como periodista, «toca» más la rama de sucesos, suele estar también muy al corriente de la social. Por lo tanto, no era entraño que conociese a la dama de luto, cosa que no me sucedía a mí... y me tenía ansioso de grabar en mis circuitos mnemotécnicos la mayor parte de datos posibles acerca de la bella «pistolera».

Shinia vaciló. En aquel instante, antes de que ninguna de las dos mujeres hubiera podido llegar a un acuerdo, Gyull se puso en pie de pronto y escapó como alma que lleva el diablo. Cuando quisimos darnos cuenta, ya estaba fuera de la casa.

—¡Maldición! —exclamó Leni—. ¡Se ha escapado!

Shinia dio un paso hacia delante.

—Supongo que ahora, yo...

Sonó una voz de humano masculino en el vestíbulo.

—¡Eh, Rocky Robot! ¿Qué diablos pasa en mi casa, que la gente sale de ella como si viera fantasmas? ¿Así cuidas tú de mis intereses?

Mi amo apareció a la vista. Se detuvo en seco al ver a las dos

mujeres.

—¡Leni! —exclamó—. ¿Qué haces aquí? —Sus ojos captaron los restos del jarrón que yacían esparcidos por el suelo y se enfureció —: ¡No eches la culpa a Rocky, es un robot y no puede defenderse! ¡Has roto mi mejor jarrón de cerámica china...!

—Lo hice porque esta dama, la señora Negg, a quien tengo el gusto de presentarte, estaba en un grave apuro —le interrumpió la muchacha con desenvoltura—. Señora Negg, mi prometido, el inspector Kastell.

Kastell miró a la mujer. Inclinó un poco la cabeza.

—Encantado de conocerla, señora.

—Es un placer, inspector. Vine a su casa para hablar con usted... reservadamente —contestó ella con acento lleno de intención.

Mi amo no tiene un pelo de tonto.

—No tengo inconveniente, pero antes quiero saber qué ha pasado aquí —dijo—. Tengo la impresión de que las cosas se han desarrollado de una forma muy poco normal. Un jarrón hecho añicos, un tipo que sale huyendo a toda velocidad... ¿Rocky?

—A la orden, señor —contesté, poniéndome rígido—. La señora Negg preguntó por usted. Al decirle que no estaba, contestó que esperaría. A poco vino tal sujeto —el que usted vio escapar— y dijo que se la llevaría a la fuerza. La señora Negg le disparó seis tiros de revólver, que por poco los recibe un servidor. Gyull... digo, el sujeto que quería llevársela, se echó a reír, tan tranquilo, avanzó un paso...

—Y entonces, yo, que había encontrado la puerta abierta, entré y, al darme cuenta de la situación, le estampé el jarrón en lo alto de la cabeza —declaró Leni—. Gyull se desmayó, pero recobró el conocimiento enseguida y, aprovechando que la señora Negg y yo discutíamos, se largó. Eso es todo, Ferdy.

Kastell miró a la mujer con aire pensativo.

—¿Por qué disparó usted contra él? —quiso saber.

—Ya oyó a su prometida y al robot —contestó Shinia con voz tensa—. Quería llevarme con él.

Kastell avanzó unos pasos dentro del salón. Volvió la cabeza y miró la pared, junto al lado derecho del marco de la puerta, donde se hallaban las huellas de los balazos, esparcidos en un área de medio metro escaso. Luego me miró a mí.

—¿Dónde estaba Gyull? —preguntó.

—Aquí —señalé.

—¡No! —cortó Shinia, extendiendo su mano hacia el punto donde estaban los impactos—. ¡Gyull estaba ahí!

La miré atónito, si es que un robot puede sentirse en semejante situación. ¿Por qué mentía y decía que Gyull había estado a mi izquierda, cuando lo cierto era que había estado en el lado contrario? Y yo estaba seguro de no equivocarme, porque, robot, estoy obligado a ceder la derecha a los humanos.

—¿Rocky?

—Estaba a mi derecha, señor —contesté.

—A la izquierda —insistió Shinia. Y, ofensivamente, añadió—: ¿Va a creer más a su robot que a mí, un ser humano? Tendría, que llevarle a que le reajusten los circuitos captores de imágenes, inspector.

—Está bien —cortó Kastell, muy fastidiado—. Dejemos esto por ahora. Interesémonos en el asunto que la ha traído aquí, señora Negg.

Leni sacó cigarrillos y se puso uno entre los labios. Ofreció a su prometido, pero no a la visitante. Luego usó su encendedor... una microcámara fotográfica, además.

—Dije antes que era reservado —manifestó la dama de luto.

—La señorita Macklen es mi prometida y no tengo secretos para ella —contestó Kastell—. Y en cuanto a Rocky, es un robot, no lo olvide usted.

—Pero ella es periodista —dijo Shinia, apuntando a Leni con el dedo índice, en un gesto lleno de furor.

El inspector pareció impacientarse.

—Señora Negg —dijo en tono cansado—, si el asunto que le ha traído aquí es privado, la señorita Macklen no escribirá una sola línea sobre el particular. Y si es un asunto oficial, entonces, no sólo ella, sino todos los demás periodistas tendrán mucha tinta que gastar. Le ruego, pues, que tome en consideración lo que acabo de decir y que actúe en consonancia.

—Está bien —accedió Shinia, bastante disgustada—. Se trata de un asesinato.

Leni usaba un bolso de piel, pendiente de su hombro derecho por una correa. Era un modelo un tanto anticuado, pero a ella le iba muy bien porque, entre otras cosas, llevaba una grabadora portátil.

Al oír aquellas palabras, con disimulo, dio media vuelta al interruptor, que semejaba un adorno de metal, y puso el aparatito en funcionamiento. Kastell miró asombrado a Shinia Negg.

—¿Un asesinato? —repitió—. ¿Quién es el muerto?

—No lo sé —suspiró Shinia. Me pareció que su fortaleza empezaba a resquebrajarse.

—¿Quiere decir que no conoce a la víctima?

—Así es, inspector.

—¿Y por qué no ha ido directamente a mi comisaría...? Es decir, suponiendo que ese asesinato haya sido cometido en mi demarcación —preguntó Kastell.

—Porque... porque no quiero que la noticia se divulgue, inspector.

Kastell la miró como si estuviese delante de una loca.

—¿Está tratando de insinuarme que la ayude a ocultar un asesinato? —exclamó, pasmado.

—¡No! —replicó Shinia vivamente—. No es eso... mi fama, inspector —seguro se lo dirá más tarde la señorita Macklen— no es muy buena, por desgracia. Es extensa, pero no de la clase de fama de la que se enorgullece una mujer... Sin embargo, ahora, hace tiempo, me... me había corregido bastante y...

—Sería mejor que se explicase con toda claridad, señora —se impacientó mi amo—. Dejemos a un lado su fama particular y hablemos del crimen. ¿Dónde está la víctima?

—En... en mi satélite privado, inspector.

Kastell silbó. Ciertamente, había un par de millones de ciudadanos de la Tierra que poseían su satélite particular; pero adquirirlo, costearlo y mantener el enlace, no sólo en las comunicaciones de radio y TV, sino con el cohete que era indispensable poseer para ir y venir, era algo que no estaba al alcance de todas las fortunas. Y Shinia hablaba tan tranquila de su satélite privado.

—¿Quién lo mató? ¿Es hombre o mujer la víctima?

—Hombre —respondió Shinia.

—¿Y el asesino? ¿Lo conoce usted?

Ella bajó la cabeza.

—Sí —contestó—. Precisamente por eso vine a verle a usted, para que me ayudase a solucionar este asunto, inspector.

—Sigo sin entender nada, señora Negg —manifestó Kastell—. Los crímenes allá arriba corresponden a las Patrullas de Vigilancia Orbital. Yo no tengo autoridad alguna...

—Pero sí posee una vasta experiencia y podría ayudarme a... Oh, no sé cómo explicárselo —dijo Shinia, desesperada—. ¿Por qué no viene conmigo y hablamos mejor del asunto allá arriba, como usted dice?

Kastell se pellizcó el labio inferior, muy pensativo,

—Está bien. Iré, pero no puedo asegurarle nada... y, además, tampoco lo haré si no es bajo la condición de que me diga usted el nombre del asesino.

El rostro de Shinia se tornó lívido.

—¿Es necesario que se lo diga, inspector?

—Sí —Era una respuesta firme, granítica.

Shinia suspiró. Su pecho, de bellas líneas, se dilató de una manera muy atractiva, para un humano, claro.

—Está bien, inspector. El asesino... soy yo —declaró al final.

CAPÍTULO III

El cohete arrancó hacia lo alto, en dirección al satélite de Shinia, que orbitaba a cuarenta mil kilómetros de la superficie terrestre.

Antes de partir, el inspector Kastell había dicho:

—No le creo, señora Negg. Usted oculta al verdadero asesino, pero accedo y subiré a su satélite. Acompañado por mi prometida, como periodista —no olvide que puede hacerle mucho daño o perjuicio, según se porte usted— y mi robot, en calidad de grabadora de imagen y sonido.

Shinia estaba muy abatida. Claudicó.

El cohete era un «De Luxe» último modelo, con capacidad para doce plazas y espacio suficiente, no sólo para viajes cortos, sino para otros más largos, de semanas incluso de duración. En lo que a mí robóticamente se refiere —diría personalmente, pero como no soy una persona, no puedo decirlo— estaba muy entrañado de que una dama como Shinia poseyese un astroyate semejante, cuando lo habitual era un cohete corriente, de cuatro plazas y autonomía

limitada, máximo hasta la Luna ida y vuelta. Pero con aquel «De Luxe» podría haberse realizado muy bien un viaje hasta Marte.

El inspector se encargó de tripularlo. Reticente y abatida, Shinia se retiró al fondo, hosca, aislada en sí misma, sin querer hablar más, aparte de lo que ya había dicho.

Leni se sentó junto a su novio. Yo, detrás. Sabía lo que iban a hablar a continuación.

No lo repetiré todo; sólo haré un extracto. Al menos, en lo que se refería a los informes que Leni dio a su prometido.

Shinia se había casado muy joven con un millonario, el cual murió a los dos años de matrimonio, dejándole un montón de deudas; los negocios del sujeto se habían ido al cuerno… ya estaban en franca bancarrota cuando se casó con Shinia.

La joven, hermosa viuda, fue pronto consolable viuda, naturalmente por un acaudalado hombre de negocios, más sólidos que los de su difunto esposo. La cosa duró algún tiempo, con gran contento de los principales joyeros de la dudad, hasta que uno de ellos, por error, envió la factura a la esposa del sujeto. La esposa, que no había adquirido ningún collar de topacios venusinos, puso el grito en el cielo… más por no haber sido la destinataria de dicha joya que por la traición de que había sido objeto. Se produjo el consiguiente escándalo, con sumo alborozo de los periodistas de la crónica amarilla y se produjo el divorcio consiguiente.

Shinia y su enamorado se separaron pronto; no tardó en aparecer otro más rico todavía. Periódicamente, la crónica amarilla daba cuenta de las andanzas de la joven y de la estela de escándalo que dejaba por dondequiera que iba. La crónica de los siete últimos años de la vida de Shinia, a partir de su viudez, se enriquecía con dos suicidios. Una joya, vamos, pensé para mis circuitos.

El calificativo que se le podía aplicar surgía al instante. Por pudor no lo estampo. Y si mi amo no lo expresó en voz alta, fue debido al respeto que debía a su prometida.

—En suma, que no tiene desperdicio —comentó con sarcasmo.

—Así es —respondió Leni.

—Pues no lo comprendo —gruñó mi humano dueño—. Una mujer de su catadura tiende siempre a sacudirse las pulgas, cuando se trata de un asunto como el que le trajo a mi casa. Shinia vive de su belleza. Si la encerrasen en la cárcel para un montón de años,

¿qué iba a hacer cuando saliese?

—¿Y cómo sabes tú que, en efecto, no ha sido ella la autora del crimen? —preguntó Leni vivamente.

—Si lo hubiera sido y deseara de verdad entregarse a la policía, ¿crees que habría viajado cuarenta mil kilómetros por el espacio para buscarme a mí? Todo satélite artificial, según la ley, está dotado de una alarma automática: llamada de socorro por radio y un faro que lanza destellos en Morse, componiendo el SOS clásico. El botón de alarma está en todos los satélites, por prescripción legal, en el mismo sitio e instalado en idénticas condiciones; en una cajita, con tapa de vidrio, que se rompe con un simple codazo. El mismo impulso del primer golpe presiona ya el botón, de modo que la alarma se pone en funcionamiento instantáneamente. Y no pasan treinta minutos, en el peor de los casos, sin que acuda una patrulla del Espacio. ¿Un asesinato… y tiene que buscarme a mí, precisamente? ¡Shinia no es la autora! —concluyó el inspector Kastell con acento que no admitía duda.

—Pero, entonces, ¿quién es? —preguntó Leni.

—No lo sé, excepto que se trata de una persona a la cual ella quiere encubrir —respondió mi amo con firmeza en su voz.

* * *

Lo más difícil de todo, en un vuelo espacial, es el despegue, hasta que se ha adquirido la velocidad necesaria. Naturalmente, el vuelo hasta el satélite no podía hacerse directo, sino que era preciso ejecutar una trayectoria parabólica, lo cual nos consumió algún tiempo más de lo previsto. Al fin, después de dos horas y media de haber zarpado, el radar de identificación del cohete nos señaló que estábamos ya en las inmediaciones del satélite.

Kastell maniobró con sumo cuidado hasta situarse en sus inmediaciones. Cuando lo vio, volvió a silbar.

Había satélites que eran poco más que cubículos con dos cuartos, cocina, baño y los servicios indispensables. Aquél parecía una quinta de lujo.

El inspector abarloó el cohete junto a la esclusa de acceso al satélite. La esclusa disponía de túnel de acceso, de modo que no fue preciso que nos colocáramos los trajes de espacio —porque, aunque no se crea, yo también lo necesito. Ciertamente, puedo «vivir» algún rato en el espacio, pero algunos de mis delicados mecanismos se

estropearían con las bajísimas temperaturas que reinan en el exterior. En fin, el túnel de acceso nos evitó la engorrosa operación de tener que ponernos y quitarnos esos pesados trajes.

Pasamos al interior del satélite, cuyo gran vestíbulo, situado por entero bajo una cúpula transparente, de vidrio antimeteorito y polarizable, bajo la cual había un verdadero jardín, de exuberante vegetación, y de aquí pasamos al salón de estar y mirador, desde el cual se descubría una espléndida visión de nuestro planeta. El satélite, a efectos de obtener una pequeña gravitación artificial, daba vuelta sobre sí mismo periódicamente, con lo que el panorama cambiaba de modo continuo. Al principio, les costaba vivir, pero luego los humanos se acostumbraban, hasta el punto de que los había que se pasaban años enteros sin bajar a la Tierra.

Como digo, entramos en el salón, sencillo, pero de costoso lujo. Shinia nos precedía y se detuvo a pocos pasos de la puerta, señalando un gran diván que había en el extremo opuesto.

—Está allí —dijo.

Kastell avanzó hacia el diván. Leni y yo le seguimos. Kastell llegó antes que nosotros. Miró por encima del respaldo del mueble y luego se volvió hacia la mujer.

—Señora Negg —exclamó—, el cadáver que usted ha mencionado, ¿pertenecía al Hombre Invisible?

Shinia se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Qué está usted diciendo, inspector?

—Sencillamente, que aquí no hay ningún cadáver.

—¡Pero eso no puede ser! ¡Yo lo...!

Kastell movió la mano.

—Hágame el favor. Acérquese, se lo ruego.

Shinia lo hizo con expresión reticente. Miró al otro lado del diván y luego volvió sus bellos ojos hacia el inspector.

—Es... estaba ahí cuando yo lo dejé para ir... en... en su busca —tartamudeó.

—¿Está segura de que no ocurrió, por ejemplo, que el individuo sólo resultase herido y se marchara luego, después de haberse ido usted?

—¿Cómo iba a hacerlo, si no había más que un cohete abarloado al satélite... precisamente el que nos ha traído desde la Tierra?

Kastell movió la cabeza.

—Usted dice que ha matado a una persona, hombre, presumo. Pero aquí no hay ningún cadáver.

—Hay que mirar en las demás habitaciones —exclamó Shinia con gran vehemencia—. Puede que esté en alguna de ellas.

El registro resultó infructuoso. No había cadáver alguno en el satélite.

Mi amo se encaró con Shinia, la cual aparecía trastornada por completo. La joven no podía tenerse en pie, pese al quinto de gravedad en que nos movíamos, por lo que se sentó en un sillón.

Compasivamente, Leni le entregó una copa de vino. Kastell se colocó frente a ella y la miró de hito en hito.

—¿De qué murió el supuesto cadáver? —preguntó.

—Le... le pegué un golpe con un objeto contundente... —respondió Shinia con un hilo de voz.

—¿Qué clase de objeto?

Shinia miró en torno suyo. Extendió la mano.

—Aquella figura de bronce —dijo.

Era una estatua de sesenta y cinco centímetros de altura, versión estilizada de la diosa Minerva.

—Examínala, Rock —me ordenó el inspector.

Cumplí la orden.

—No hay señales de golpe —informé segundos más tarde.

Kastell volvió a mirar a Shinia.

—En todo caso, el sujeto quedó desvanecido y luego, al despertar, escapó —dijo.

—¡Pero ya le he dicho que no es posible! —alegó Shinia desesperada—. El único cohete...

—¿Y cómo sabe usted que él no tenía un cohete, tripulado por un cómplice, aguardándole en una órbita próxima? —preguntó el inspector.

—No... no sé... —vaciló Shinia.

Kastell sonrió.

—¿Lo ve? —dijo—. Creyó que era un asesinato, cuando no había más que un simple golpe, que provocó un desvanecimiento. Así es mejor para usted... ya que no tendrá que ir a la cárcel por nadie.

Shinia enrojeció.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó sin darse cuenta de que sus palabras eran una confirmación de las del inspector.

—No me gustaría ofenderla, pero usted no es mujer que se acuse de algo que puede destruir su… vida —y su belleza— sin un motivo muy poderoso. Ese motivo se llama escándalo… pero me extraña que ahora trate de rehuirlo, cuando hay tantos en su nada edificante pasado.

—¡Por favor! —rogó la mujer, enrojeciendo más todavía—. Estamos hablando de un asesinato.

—No hay tal, puesto que no hay cuerpo de la víctima. Y, a propósito, ¿quién era?

—Dijo llamarse Klaus Ohlin, inspector.

—¿Qué buscaba en el satélite?

Shinia apretó los labios. Era evidente que no quería contestar.

—De modo que aquí se comete un crimen contra un hombre, cuyo cuerpo no aparece y por unos motivos que tampoco existen —comentó mi amo sarcásticamente—. Vámonos, Leni; aquí estamos perdiendo el tiempo.

—Lástima de función de teatro —se quejó la prometida de mi amo—. Tenía dos billetes para la sesión de esta noche y…

—Y yo me quejaré del asado que tenía en el horno. A estas horas —mascullé lúgubremente—, estará convertido en un lindo pedacito de carbón.

Nos dirigimos hacia la esclusa. Por encima del hombro, Kastell dijo:

—Le devolveré el cohete, señora Negg.

Cuando llegásemos a la Tierra, alquilaría a dos hombres y un cohete. Cada piloto manejaría un cohete; dejarían el de Shinia abarloado junto a su satélite y luego descenderían en el otro.

—Pagaré los gastos —contestó ella con voz impasible.

CAPÍTULO IV

Por la mañana llevé el desayuno a mi amo a la hora de costumbre.

El inspector protestó airado de que le despertara tan pronto.

—Ayer llegué a casa a las cinco de la tarde. Cuando descendimos del satélite era la una y media de la madrugada. ¿Es

que tus circuitos no saben establecer por sí mismos el análisis necesario para hallar la hora conveniente?

—Mis circuitos —repuse, impasible— fueron acondicionados para ayudarle a usted a liberar al contribuyente de una parte de su dinero, que luego se transforma en el sueldo que se gana, pero debe ganárselo acudiendo al trabajo a su debida hora.

—Rocky, maldito saco de tuercas, no me digas qué debo hacer. —refunfuñó el inspector.

—Un robot nunca debe decir a un humano qué es lo que éste puede hacer o no puede hacer; faltaría más —dije, conectando a todo voltaje el circuito ironía—. Pero también un robot puede imitar a un personaje histórico y repetir su frase: *Ni quito ni pongo rey*... pero consulto los archivos de órbitas de satélites privados y los de sus matrículas.

Kastell me dirigió una mirada de soslayo.

—Explícate, Rocky —pidió.

—Es muy sencillo, señor —contesté—. Utilizando su nombre y su posición, me permití llamar a oficina correspondiente. La respuesta quedó grabada en mi circuito...

—¡Ya lo sé! —vociferó el inspector—. Todas las respuestas quedan grabadas en tus circuitos. ¿Qué te dijeron?

¡Edison mío, cómo son estos humanos! Impacientes, nerviosos, excitables... y no hablemos cuando ven a una fémina debidamente contorneada; su secreción de hormonas aumenta en dosis increíbles. Ésa es la ventaja que tenemos los robots sobre ellos... aunque, si bien se mira, en este último sentido, uno lamenta profundamente ser una máquina. Pero sigamos adelante y dejemos a un lado estas robóticas reflexiones.

—Me dieron el nombre del propietario del satélite.

—Ya lo sé: Shinia Negg —dijo mi amo.

—No, señor.

Kastell volvió a mirarme, enarbolando la taza de café como si fuera a tirármela a mi cara artificial.

—Habla —rugió a ciento veinte decibelios.

—El propietario del satélite, contra lo que pudiera creerse, no es la hermosa y poco recomendable, moralmente se entiende, Shinia Negg, sino un tipo llamado Fost Rynn.

Inmediatamente, alargué mi mano hacia la cara de mi amo. Éste

me la apartó de un manotazo.

—¡Quita, idiota! ¿Qué querías hacer? —barbotó.

—Calculé que se le caería la mandíbula inferior y me apresuraba a sostenérsela —dije.

—¡Maldición! Rocky, eres un atrevido y un día te conectaré a una corriente de mil quinientos voltios. Tus circuitos se irán al diablo… al de los robots, claro. ¿Has dicho Fost Rynn? —preguntó, estupefacto.

—Sí, señor.

—Yo pensaba que fuese un sujeto cualquiera —dijo mi amo—. Aquí hay un asunto turbio… bastante turbio, Rocky, pero estando Fost Rynn de por medio, no podemos intervenir.

—Con el debido respeto, así opino yo, señor —dije.

—De modo que nada menos que el embajador de Neuvea está enredado en este asunto… y es ahora el amigo de Shinia Negg. Por eso ella quería culparse del crimen.

—Con el objeto de no comprometer al embajador ni a las negociaciones que éste está llevando a cabo con nuestro gobierno. Un escándalo de semejante índole lo arruinaría todo, señor.

—Solamente con que se supieran las relaciones que lo unen a Shinia Negg, se iría todo al cuerno —masculló mi amo—. Ahora lo veo claro; Fost Rynn fue descendido en el cohete por Shinia, la cual vino a mí en busca de ayuda. Pero mientras tanto, Rynn alquiló otro cohete y regresó al satélite, para deshacerle del cadáver. Ella quería ofrecerse como víctima propiciatoria, pues sabía que Fost Rynn intervendría en su favor, aplicándonos el chantaje de las negociaciones que está llevando a cabo, pero el embajador ha considerado mucho más oportuno llevar este asunto en silencio.

—Y si ellos lo llevan en silencio, ¿por qué hemos de hacer ruido nosotros? —sugerí.

—Diablos, Rocky —dijo de mala gana—, se ha cometido un crimen. Yo soy policía; no puedo permitirme el lujo de cerrar los ojos en un caso así. No se trata del robo de un bolso de señora, sino de la vida de un humano.

—Pero, señor, las negociaciones entre la Tierra y Neuvea…

—¡Al cuerno la diplomacia! Si Rynn, que es un embajador, no sabe emplearla y se mete en estúpidas aventuras, ¿vamos a hacerlo nosotros? Rocky —ordenó el inspector—, prepara el baño.

Saldremos inmediatamente. Ah, y avisa a la Comisaría que estoy siguiendo la pista de... de un importante robo y que ya acudiré cuando pueda.

—Sí, señor. ¿Puedo preguntar al señor adónde piensa ir? Debo preparar el medio de locomoción correspondiente, señor.

—Vamos al astropuerto —me respondió mi amo—. Y deja ya de emplear ese tonillo de mayordomo de película, saco de transistores. ¡El baño!

Lancé un robótico suspiro. ¡Ay, Einstein de mis pecados, cómo están a veces los humanos!

* * *

Nos encontramos en el astropuerto, justo en la misma oficina a la cual nos dirigíamos nosotros... ¿a quién?

Sólo podía ser ella, la novia de mi amo, por supuesto.

—¿Qué haces aquí, Leni? —preguntó Kastell, no de muy buen humor.

Leni sonrió de manera deliciosa. Cuando sonríe así, está como para comérsela a besos. Pero esto sólo lo ve el espectador neutral, no el zoquete de mi amo... y que perdone la manera de señalar.

—Lo mismo que tú, querido. Averiguar quién alquiló un cohete alrededor de las siete de la tarde, con dirección al satélite 616—FXT—400.

—De modo que has llegado a idénticas conclusiones —dijo el inspector.

—¿Era tan difícil, cariñito? —preguntó ella en tono meloso.

—Déjate ahora de almíbares; la cosa no está para bromas —rezongó Kastell—. Hay un muerto... y lo han hecho desaparecer.

—Entonces, tú crees en el muerto, Ferdy —dijo la periodista.

—Ahora, después de conocer la identidad del propietario del satélite, sí creo en la existencia del cadáver. ¿Sabes tú quién es el dueño?

Leni movió la cabeza, afirmativamente.

—Sí. Fue lo primero que investigué esta mañana, apenas me desperté. ¡Menudo escándalo se va a organizar, Ferdy!

—¿Qué piensas escribir al respecto, Leni? —inquirió.

—Todavía no lo sé. Es un asunto muy delicado y hay que andarse con pies de plomo. Meterse con un embajador extraplanetario, sin tener pruebas decisivas de lo que se escribe, es

arriesgarse a una situación de desempleo total.

El inspector se sintió tierno de repente.

—Leni, ya sabes dónde tienes un empleo definitivo y seguro —dijo.

Ella le palmeó la mejilla con afecto.

—Un día de éstos me verás aparecer por tu casa, seguida de un sacerdote y dos testigos —contestó—. Pero ahora vamos a ver si solucionamos este problemita, ¿eh?

Kastell se apoyó en el mostrador de Información y encendió un cigarrillo.

—De lo que no hay dudas en absoluto es de que Rynn y Shinia son amantes —dijo.

—Eso ya lo sé —convino la muchacha—. Pero no le perjudicaría a él demasiado.

—¿Por qué?

—Es un hombre guapo, apuesto en su madurez… y resulta lógico que merodee en torno a una bella mujer. El pecado social no estriba en su amistad con Shinia sino en el escándalo que pudiera derivarse de un crimen cometido por celos.

—De modo que tú supones que el muerto fue sorprendido en el satélite por Rynn, y que éste, un acceso de celos, lo mató.

—Exactamente. Luego Shinia, arrepentida de doblez, vino a buscarte y…

El encargado de información se acercó en aquel momento.

—Perdón, señorita Macklen —dijo—. El hombre que alquiló el cohete a las siete y diez de la tarde, para dirigirse al satélite particular número 616—FXT—400 se llama Quon Sá.

Nos quedamos de una pieza. Ellos los humanos, perdieron el habla. En lo que a mí concierne, tuve que refrigerar a toda prisa la bobina del asombro.

CAPÍTULO V

El empleado de Información describió a Quon Sá: cuarenta años, buen mozo, pelo plateado en las sienes, correcto, educado… pero con un gravísimo defecto para el inspector: era bertokiano, esto es,

oriundo de un planeta llamado Bertok, situado a noventa y cuatro años de luz del nuestro.

Si el inspector hubiera sorprendido a Quon Sá en flagrante delito, el problema no habría existido; todos los seres con inteligencia que hay en la Tierra, sean o no nativos, están sujetos a la estricta observancia de las leyes. Pero no se había comprobado la existencia de ningún delito y, además, bastaba que el embajador Rynn estuviera involucrado en el asunto, para que mi amo se abstuviese de proseguir sus investigaciones. En las fricciones de tipo diplomático el más débil acaba siempre por pagar el pato. Y, lógicamente, el inspector no quería recibir ningún varapalo que habría podido perjudicarle de manera sensible.

—Regresemos —dijo con sequedad, apenas conoció la respuesta.

Salimos del astropuerto y nos dirigimos a la pista de estacionamiento, donde habíamos dejado el helichorro que nos había transportado hasta allí. Leni no quiso venir; dijo que se quedaba a hacer más investigaciones por su cuenta.

—El asunto es fascinante —dijo—. Los de Bertok no pueden ver a los de Neuvea y viceversa. Esto promete dar juego, mucho juego.

Puse en marcha el aparato y despegamos. Situé el helichorro en el canal correspondiente y conecté el automático. Cuando estuviésemos en las inmediaciones de la casa, un zumbador me advertiría de que debía tomar los mandos de nuevo.

—Rocky —dijo mi amo al cabo de un prolongado silencio.

—¿Señor? —respondí.

—¿Qué deducciones obtienes tras consultar tus circuitos? —me preguntó.

—Ninguna buena, a decir verdad, señor —respondí.

Mi amo se puso un pitillo en la boca.

—Aquí —dijo—, hay un asunto mucho más turbio que lo que parece a simple vista. Parece ser que los bertokianos han querido meter en un lío gordo al embajador Rynn, a fin de estropear sus negociaciones. Pero en tal caso, ¿por qué se llevaron el cadáver? ¿No habría resultado mucho mejor, para sus propósitos, dejarlo allí y llamar a una Patrulla de Vigilancia Espacial para descubrir el pastel? Figúrate, Rock: un embajador, acusado de asesinato por celos… celos de una dama de no muy buena reputación, todo hay que decirlo. ¿Qué habría sucedido entonces?

—Que las negociaciones se habrían ido al cuerno, con perdón.

Kastell se retrepó en el asiento.

—Y entonces, los bertokianos habrían tomado el relevo, dejando de lado a los neuveanos. Rocky, ¿te das cuenta de que en los últimos setenta años, nuestro planeta está siendo muy cortejado por otros mundos?

—Lo encuentro muy lógico, dado el elevadísimo grado de civilización que hemos, ¡ejejem!, perdón, señor; que han alcanzado ustedes, los humanos, y de lo cual yo soy una mísera e insignificante muestra.

—Rocky, no te muestres sardónico —gruñó Kastell—. El asunto no es para ser tomado a broma.

—Pero tal como está, tampoco se puede seguir adelante.

Mi amo reflexionó durante unos minutos.

—En efecto —convino al cabo—; no podemos seguir adelante. Cuando estoy seguro de una cosa, no temo al mismísimo Presidente para decir o hacer lo que estimo mi deber; pero, en caso contrario, prefiero apartarme a un lado.

—La prudencia, es sinónimo de sabiduría, mi amo —dije en tono sentencioso.

Y el inspector movió la cabeza con un aire de total asentimiento.

* * *

En el interior de mi «cuerpo» dispongo de miles minúsculas bobinas, tan pequeñas, que algunas de ellas deben ser vistas a través de una potente lupa. Todas las bobinas están conectadas entre sí y con la bobina central de respuestas —bobinas o circuitos, tanto da, es meramente una expresión gráfica— y en ellas almaceno miles y miles de datos que van fluyendo constantemente del exterior al interior de mi cuerpo mecánico. El cerebro es una masa esponjosa de finísimos hilos de platino, en apariencia en un absurdo desorden, pero donde, en fracciones de segundo, ni más ni menos como si fuese un cerebro humano, se analizan los estímulos recibidos —luz, sonido, calor, frío, etc—, se investiga en la bobina correspondiente, que emite la respuesta adecuada y luego se activa el mecanismo de respuesta... si procede darla de modo audible. En otro caso, esa respuesta queda archivada también y aflora en el momento en que un humano la requiere.

Como es natural, entre mis bobinas figuran también las

simplemente motoras, es decir, las que, previo el estímulo o la necesidad correspondiente, accionan las partes de mi organismo que deben moverse: brazos, piernas, laringe artificial, labios, etc. Así soy yo, un simple robot, y por esta razón puedo escribir el presente relato… pero no soy humano; sólo una máquina.

A veces he «pensando», digámoslo así, que me gustaría ser humano, con todas sus limitaciones corporales. Pero soy un poco filósofo y he acabado por resignarme a ser lo que soy en la actualidad; sólo quien ambiciona ser lo que no puede ser, es desdichado. Me siento contento con ser un robot, porque ayudo mucho a los humanos quienes, a fin de cuentas me hicieron… pero no olvido dar también gracias a Dios, por haberles concedido la inteligencia que hizo posible mi robótica existencia.

Por dichas razones, me apliqué a recorrer todos mis circuitos, tratando de establecer la debida conexión entre los hechos ocurridos y que ya se han mencionado. El asunto, a fin de cuentas, no se trataba más que de una vulgar zancadilla entre diplomáticos, pero había algo que lo agravaba: el cadáver. ¿Dónde estaba?

Era preciso dar crédito a las palabras de Shinia Negg. Sin embargo, había algunos puntos oscuros: Gyull, por ejemplo, era uno de ellos. Otro, la intervención de Quon Sá. Llegué a pensar que se trataba de un simple caso de rivalidad amorosa, pero estaba por medio el embajador Rynn. No, allí había un grave asunto de Estado… y tanto el inspector Kastell como yo, teníamos vedada la intervención.

También los robots tenemos nuestro circuito de curiosidad. Tuve que enfriarlo mucho; pese a la perfección de mis mecanismos, cuando un circuito actúa con demasiada intensidad, la temperatura sube, y como uno no ande listo, se le funde. Se comprenderá fácilmente que, en las actuales circunstancias, mi circuito de la curiosidad estuviese sometido sin cesar a una tensión superior a la normal.

El zumbido del visófono sonó a la caída de la tarde. Capté el sonido con mis circuitos auditivos y me acerqué el aparato.

—Casa del inspector Kastell —contesté, colocándome ante el objetivo de la pantalla.

La imagen de Leni apareció de inmediato en el rectángulo de vidrio.

—Rocky, manojo de cables oxidados, ¿dónde está tu amo?

—Trabajando, me imagino, señorita Leni.

—¿Tardará mucho en llegar? —preguntó.

—Usted conoce sus costumbres —repuse—. Normalmente, ya debería estar aquí, pero... ¿quiere que le dé algún recado suyo?

—No; le llamaré a la comisaría. Gracias, Rocky.

—A usted, señorita Leni.

Volví a la cocina. Es completamente automática; incluso dispone de un aparato dispensador alimentos, listos para ser consumidos, de manera instantánea con sólo marcar el menú. Pero mi amo, y en ello le felicito, es un tanto anticuado. Le gusta la cocina *ancien régime*, y de ella, los asados. Lancé un vistazo al pollo que se doraba en el horno y cogí el último tomo de la Enciclopedia Estelar, recién llegado a casa. Era preciso aumentar el acervo de mis conocimientos.

Para grabar en mi memoria mecánica la página de un libro me basta con tenerla durante un segundo delante de mis objetivos visuales. Es una especie de fotografía que no se revela ni se positiva, sino que queda almacenada en alguno de mis circuitos. Cuando lo necesito, saco a relucir el dato preciso, en general, de una manera oral. Así, pues, para devorarme un tomo de novecientas páginas y aprendérmelo de memoria, me bastarían novecientos segundos... quince minutos, pero en la práctica empleo más tiempo, ya que no puedo pasar las hojas del libro con tanta velocidad.

Había estudiado unas veinte páginas, cuando sonó el zumbador de llamada. Cerré el libro y me puse en pie. Mi amo no era, porgue tiene llave.

Me dirigí hacia el vestíbulo y abrí la puerta.

—¿Inspector Kastell? —preguntó el visitante.

—Soy su robot sirviente, Excelencia —contesté, a la vez que me echaba a un lado—. El inspector no está en casa en estos momentos, aunque no creo que tarde mucho en regresar. ¿Puedo serle útil en algo, Excelencia?

Fost Rynn, embajador de Neuvea, me dirigió una penetrante mirada. Era un buen mozo, próximo a la cincuentena, pero con la gallardía y la apostura de un hombre de veinte años menos. La expresión de sus facciones cuadraba a la perfección con la inteligencia que se le suponía.

—Me conoces —dijo, afirmando.

—Sí, Excelencia. La imagen de su Excelencia ha sido publicada repetidas veces en los últimos tiempos. ¿Le apetece una copa de jerez? ¿O prefiere otra bebida?

—Es igual. —Rynn se pasó una mano por la frente dándome la impresión de hallarse muy fatigado—. Lo que sea, cualquier cosa es buena.

—Por aquí, Excelencia —dije, guiándole hacia el saloncito.

Le serví un buen doble de whisky, puse el hielo y la soda al alcance de sus manos y regresé a la cocina.

El asunto se complicaba. Ahora, Rynn parecía abandonar sus precauciones y venía a hablar con el inspector. Estaba seguro de que su visita no proporcionaría ningún placer a mi amo; enredarse en negocios diplomáticos podría traerle muy malas consecuencias.

Pasaron unos minutos. De pronto, oí voces en el salón, una de ellas pertenecía al Embajador.

—Les digo que no accederé a lo que me piden.

Mi circuito de la curiosidad empezó a calentarse. Lancé otro vistazo al asado y me acerqué con cautela al salón, pero no me atreví a asomar la cabeza, temeroso de ser visto. Tendría que contentarme con grabar la conversación.

—Ésta en una difícil situación, embajador —dijo una voz gruesa de hombre—. Tenemos en nuestro poder ciertas pruebas que le comprometen gravemente. Si las hiciéramos públicas, su ruina sería segura.

—Y si accedo a lo que me piden, me arruinaré también, así que… ¿por qué no se largan ya de una vez y me dejan en paz?

Empecé a pensar en poner una cerradura nueva en la casa. Allí, todo el que quería entraba y salía como le daba la gana. ¡Qué frescura!

—Muy bien —dijo el mismo tipo—, haga lo que quiera. Tiene una semana de plazo, que es el mismo que se calcula necesitará para culminar las negociaciones. Si para entonces no hace lo que le decimos, explotará la bomba.

—¡Váyanse al infierno! —bramó Rynn, exasperado.

Sonó la puerta al cerrarse. Prudentemente, me retiré; era preferible dar por sentado que no me había enterado de lo ocurrido.

Al cabo de unos minutos, llegó el inspector. Salí a recibirle,

como tenía por costumbre.

—Tiene visita —anuncié.

—¿Quién, Rocky?

—Su Excelencia, el embajador Fost Rynn.

Esta vez sí pude sostenerle la mandíbula. Al cabo de unos segundos, mi amo cerró la boca.

—¡Rayos! —gruñó, aunque en voz muy baja—. ¿Qué quiere?

—No me lo ha dicho, señor, pero puedo asegurarle que está preocupadísimo.

—¿Por qué?

—No me lo ha dicho. Ande, vaya y hable con él; luego le diré yo algunas cosas que... A propósito, llamó la señorita Leni.

—¿Ha descubierto algo, Rocky?

—Tengo la impresión de que sí, aunque no podría asegurarlo. ¿No se lo ha dicho a usted?

—No, en absoluto, no he sabido de ella desde esta mañana.

—Dijo que le llamaría a la comisaría...

Mi amo me dirigió una penetrante mirada.

—Pues no me ha llamado. Y vengo de allí.

—Habrá cambiado de opinión. Las mujeres, ya se sabe...

—Sí, desde luego —convino el inspector en tono agrio. Y con paso rápido, se dirigió hacia el salón.

CAPÍTULO VI

Cuando me hicieron robot, me proporcionaron muchísimas cualidades de los humanos. Si hubiese sido destinado a una estación de vigilancia de radar o al control de tráfico aéreo, por ejemplo, habría llevado a cabo mi cometido de la forma adecuada al mismo.

Pero pertenecía a un humano y desempeñaba el papel de mayordomo y criado de confianza. Todavía no conozco a ninguno, humano, por supuesto, que no se pirre por conocer los secretos de su amo. Entonces, ¿por qué cortocircuitos —que es uno de los peores diablos de los robots— no iba a hacer yo lo mismo? Me aposté a un lado de la puerta, afiné los circuitos auditivos y me dispuse a escuchar.

Los dos hombres se saludaron con grave cortesía. Kastell ofreció mas whisky al embajador, quien lo rechazó. Kastell se sirvió un jerez.

Rynn no perdió tiempo en rodeos: fue derecho al grano.

—Necesito su ayuda, inspector.

—Se la prestaría de muy buena gana, si no me lo impidiese precisamente mi profesión —respondió mi amo—. Soy inspector de la Policía Criminal, un agente de los Servicios Secretos.

—Por eso mismo —dijo Rynn—. Se trata de un crimen.

—Cometido por su Excelencia.

Hubo una pausa de silencio.

—Estuve en su satélite. La señora Negg nos guió hasta él. No encontramos el cadáver.

—Lo sé. Lo tienen los bertokianos.

Mi amo se tomó un nuevo sorbo de vino.

—Ayer —dijo—, cometí un grave error. Olvidé una de las principales cualidades de los bertokianos, a quienes nosotros, los terrestres, con bastante buen humor, hemos apodado «espejistas», usted sabe bien a qué me refiero, embajador.

—No hubo espejismo, inspector. Le golpeé en la cabeza con una estatua de bronce...

—Que representa a Minerva, lo sé. Sigo opinando que se trata de un espejismo.

—Los bertokianos tienen prohibida usar tal facultad en la Tierra. Si lo hacen, son expulsados de manera fulminante.

—Excelencia —dijo mi amo con toda tranquilidad—, existe un planeta, Wozintia, donde existe la pena de muerte pare el que beba vino o cualquier líquido que contenga alcohol. Hay allí terrestres... y le aseguro que más de uno se emborracha todos sábados wozintianos, sin que le pase nada.

—¿Quiere decir que lo que pasó en el satélite fue un espejismo?

—Sí —contestó mi amo.

—Escuche, ellos tratan de ponerme a mí en un apuro. No van a hacerlo, comprometiéndose a sí mismos, ¿verdad? Shinia Negg declararía contra el autor del espejismo...

—Pero el escándalo arruinaría las negociaciones. Y ellos lo saben, y por ello, seguramente, presionan sobre usted.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó Rynn, atónito.

—Me lo imagino. Soy policía, Excelencia.

—Es cierto —admitió el embajador—. Quieren presionarme, a fin de que presente unas condiciones inaceptables y las negociaciones queden rotas. El gobierno de la Tierra se siente inclinado a tratar con nosotros, pero dentro de unos límites razonables. Si pedimos algo que, obviamente, no se nos pueda conceder, es lógico que las conversaciones queden interrumpidas. Y entonces, intervendrían los bertokianos con unas condiciones muchísimo más aceptables que las que yo presente. Usted sabe que los terrestres, y, en general, todos los seres corrientes, sentimos cierta antipatía instintiva hacia los «espejistas», pero llega un momento en que la razón de Estado se impone a las simpatías o antipatías.

—Eso es cierto —convino mi amo con voz neutra—. ¿Qué más?

—Es bastante, inspector, ¿no? Necesito su ayuda... tengo permiso del Ministro del Interior para que lo haga. Privada y en secreto, por supuesto; no sería correcto requerir la ayuda de un funcionario terrestre para conseguir algo que no está dentro de los límites legales; ellos, los bertokianos podrían hacer algo parecido, aparte de protestar a voz en cuello.

—De modo que el Ministro le ha dado permiso para que intervenga yo.

—Exactamente, inspector.

—Pero si ellos quieren meterle en un compromiso, ¿por qué no avisaron a las Patrullas de Vigilancia Orbital? ¿Por qué un bertokiano llamado Quon Sá subió al satélite y se llevó el cadáver del hombre a quien mató usted?

—Es que no les conviene provocar el escándalo tan pronto, inspector. Han provocado el incidente y lo tienen en reserva, como una bomba con espoleta graduada. Sacarán a relucir el cadáver... y una película que filmaron con todos los hechos, si me niego a aceptar sus pretensiones, con lo que se demuestra que no se trata de un espejismo.

—De modo que filmaron una película, ¿eh? ¿Cómo?

—Desde fuera, a unos tres kilómetros de distancia, con teleobjetivo. Me han enviado una copia... le aseguro que no falta detalle. Por eso insisto en que no se trata de un espejismo—, ya que, en tal caso, sólo se nos vería a mí y a la señora Negg. —Rynn sonrió

con amargura—. Una grabadora de imágenes no capta espejismos, como tampoco los refleja en un espejo; sólo se producen en la mente del individuo, al influjo de una mente bertokiana.

El embajador tenía razón.

Los «espejistas» poseen unas facultades mentales y telepáticas formidables: pueden hacer aparecer delante de los ojos de un humano cualquier escena que se les antoje y hacerles ver lo que a ellos les interesa ver. Es una interesante derivación de los fenómenos hipnóticos y de sugestión, a una escala como los terrestres no habían conocido jamás. Pero el embajador tenía razón; cuando un humano está frente a un espejismo provocado por un bertokiano, la cámara de filmar no captará ese espejismo, ni tampoco un espejo de vidrio azogado devolverá las imágenes que el humano cree contemplar.

Mi amo reflexionó durante algunos segundos.

—¿Por qué mató usted al sujeto?

—Le resultará difícil creerme, pero lo hice en defensa propia —respondió su Excelencia—. El hombre me atacó. Yo le golpeé con la estatua.

—Pero la escena habrá quedado grabada. Usted sería exonerado de culpa.

—La escena de su ataque ha sido suprimida. No se ven más que mis movimientos, ofensivos al principio y mortíferos después.

—Entiendo —dijo el inspector, sumamente pensativo—. Si usted no accede, ellos presentaran la filmación y el *corpus delicti*.

—Exactamente.

—Está la señora Negg. Ella declararía que fue en legítima defensa.

—No le creerían. La grabación de la escena sería prueba más que suficiente para condenarme.

—Pero ¿qué diablos fue a hacer aquel hombre allí? ¿Acudió al satélite sólo para dejarse matar?

—No, claro que no. Pero estaba, tengo la seguridad de ello, influido por la mente de los bertokianos. Actuó hostilmente desde el primer momento y cuando me atacó... Bien, eso es todo; iba a matarme, se lo juro, inspector.

—El caso se presenta difícil —gruñó mi amo—. ¿Sabe que ellos quisieron secuestrar a la señora Negg cuando vino a verme?

—Desde luego. Ella me lo contó todo.

—¿Por qué la querían secuestrar?

—Aunque no creyeran a Shinia, cuando dijese que yo había matado al sujeto en legítima defensa, sus declaraciones podrían favorecerme en cierto grado.

—Pero su amistad con ella no le favorece.

Noté un repentino cambio en la voz del embajador.

—Ése es un asunto que sólo me concierne a mí —dijo en tono tajante.

—Desde luego. Lo cual no impide que, en sus relaciones con esa dama, se haya portado usted como un adolescente inexperto.

Rynn se enfureció aún más todavía.

—Dejemos a la señora Negg a un lado —exclamó—. Extraoficialmente, su gobierno me apoya, pero es un asunto que he de resolver yo, sin que llegue a conocimiento del público. Si se hace notorio, si los periódicos llegan a decir algo, todo se habrá ido al cuerno, como dicen ustedes, los terrestres.

Kastell lanzó un profundo suspiro.

—Está bien —dijo—. Haré lo que pueda. Pero no le prometo nada.

—Recobre la grabación y encuentre el cadáver. Es todo lo que le digo. Neuvea sabrá ser agradecida con usted, inspector —declaró Rynn.

—Hubiese preferido mejor que se hubieran olvidado de mí —rezongó mi amo.

Rynn se marchó a poco. Simulando indiferencia, empecé a disponer la mesa.

—¡Rocky! —llamó mi amo a voz en cuello.

—¿Señor?

—Ven aquí, hipócrita.

Asomé la cabeza por la puerta que daba al salón.

—Soy un robot —dije, conectando el circuito del pudor—, y no puedo defenderme de las ofensas de un humano. ¿Qué ordenáis, oh, amo y señor mío?

—Déjate de tonterías, Rocky Robot. Y no me digas que no has oído todo lo que hemos hablado ese desdichado tenorio y yo porque fundirás el circuito de la verdad. ¿Qué opinas?

—Está metido hasta el cuello en un lío gordísimo.

—Eso ya lo sé. ¿Qué más?

—Pues que no le queda otro remedio que buscar la chatarra del muerto… perdón, el cadáver del sujeto que murió a manos de su Excelencia. Y la grabación, por supuesto.

Mi amo lanzó una maldición, entre dientes.

—No me queda otro remedio, en efecto. ¿Dónde están?

—¿Por qué no empieza a indagar sobre el paradero de Quon Sá? —sugerí—. Si me va a tomar por ayudante suyo, cosa que ya me huelo, aun careciendo de bobina olfativa, es preciso decir: «Elemental, querido Rocky».

—Sí, empezaremos por Quon Sá —convino mi amo, preocupadamente.

De pronto, pareció acordarse de algo olvidado hasta entonces. Movió el brazo izquierdo y consultó el reloj.

—Las nueve— dijo—. ¿Dónde diablos está Leni?

—Trabajando para usted, supongo —contesté—. ¿Sirvo la cena?

—Está bien —contestó mi amo—. Pero me extraña que no haya vuelto a dar señales de vida.

—No la habrán secuestrado los bertokianos —dije en tono de respetuoso buen humor—. Para ser humano del sexo femenino, muestra demasiada astucia… y si no, que se lo pregunten a cierto inspector de policía que cayó en sus redes…

—¡Basta, Rocky! —tronó mi amo—. Déjate de indirectas y aliméntame.

En aquel momento, sonó el «ding—dong» de llamada.

—Ya está aquí —dijo—. Abriré, pondré otro cubierto, encenderé las velitas y… ¡Oh, qué vida romántica, la de algunos humanos!

Abrí la puerta, pero no pude ver a nadie. Sólo las luces de cola de un helichorro que ascendía vertiginosamente hacia el cielo y que se perdió de vista en contados segundos.

—¿Quién es, Rocky? —preguntó mi amo, extrañado de no oír la voz de la linda periodista.

—Nadie, señor —contesté.

Kastell se acercó a mí.

—¿Tienes descompuesto el circuito de la broma? —rezongó. De pronto, divisó algo caído en el suelo—. ¿Qué es eso, Rocky?

Yo no me había dado cuenta del sobre que estaba caído en el suelo. Entonces comprendí que el autor de la llamada se había

limitado a dejar el sobre en el suelo.

El inspector lo recogió y rasgó el sobre, extrayendo de su interior, acto seguido, una cuartilla plegada que desdobló en el acto. Leyó rápidamente su contenido y luego, mirándome con expresión desmayada, dijo:

—¿Eres adivino, Rocky? Leni ha sido secuestrada por los bertokianos.

CAPÍTULO VII

Ferdy Kastell estaba tan abrumado por el mensaje, que no supo qué hacer durante unos minutos. Tomé el papel, sin que opusiera resistencia, y capté su contenido a través de mis objetivos visores.

> «Inspector Kastell:
>
> Su prometida está en nuestro poder. No sufrirá daño alguno, si usted rechaza toda colaboración con F. R.
>
> En caso contrario, morirá. Usted no podrá hacer nada por salvarla. Está sola, a bordo de un satélite, cuya órbita, naturalmente, mantenemos en secreto. Pero aunque consiguiera hallarla, tampoco le serviría de mucho.
>
> Ese satélite tiene un mecanismo direccional automático que puede funcionar de dos maneras: por una señal previamente emitida desde la Tierra, o bien, en el caso improbable de que lo encontrase, al intentar penetrar en su interior o forzar la entrada de cualquier forma. Un este caso, desconociendo la clave de apertura, el mecanismo de corrección de entraría en acción automáticamente, lanzando el satélite hacia la Tierra. Al penetrar en la atmósfera a velocidad orbital, ardería por fricción, con cuanto hay en su interior, su novia, comprendida.
>
> La linda señorita Macklen permaneceré muestro poder, hasta que tengamos la seguridad

de que usted ha accedido a nuestras demandas. Si
no lo hace así, tenga por seguro incluida.

Nada más, pero era suficiente.

Serví una copa de coñac a mi amo. La necesitaba.

—¿Qué hacemos, Rocky? —preguntó, con expresión plañidera.

—Ciertamente está metido en un buen apuro —observé—. Rynn ha venido a verle a usted en plan oficial, de modo que no puede desatender su petición, pero, por otro lado, si hace algo, esos salvajes matarán a la señorita Leni.

—Ése es mi dilema, Rocky. —Se puso en pie de súbito—. Y acceder a lo que me piden los bertokianos es algo que me repugna. ¡Un cochino chantaje…!

—Razonemos con calma —aconsejé—. Veamos, ella está bien por ahora, ¿no es así?

—Tal se desprende del mensaje, en efecto —convino mi amo.

—La señorita Leni está en un satélite, sola, presumiblemente, sin modo de salir por sus propios medios. Con toda seguridad, le habrán dicho que no lo intente, ni que tampoco debe pedir socorro. Tendrá alimentos y agua para varios días… e incluso un televisor para que no se aburra.

—Pero si hago algo en favor del embajador, dispararán el mecanismo y, en media hora, el satélite tomará contacto con la atmósfera a veintiocho mil kilómetros por hora.

—Exacto, ésos son sus propósitos. Ahora bien, prescindiendo de la señorita Leni, ¿cuáles eran los suyos hasta el momento, jefe?

—Hallar el cadáver y la grabación.

—Muy bien. ¿Por qué no nos ponemos en campaña?

Kastell se frotó la mandíbula con gesto pensativo.

—¿Por dónde empezamos?

—Habíamos quedado en averiguar quién es y dónde vive Quon Sá.

—En Información del astropuerto nos dieron el domicilio que él facilitó al alquilar el cohete.

—Sí, pero, con toda seguridad, es falso.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Lo ha comprobado siquiera?

—¡Diablos! Es cierto… me obsesioné con la idea de que tenía que ser falso, de tal modo, que ni siquiera se me ocurrió pensar en lo contrario. Parecen tan seguros de sí mismos, que no tienen

necesidad de recurrir a tales subterfugios.

—Muy bien. Usted anotó el domicilio —dije.

El inspector sacó una libreta, de su bolsillo. Leyó:

—Calle 771, 22, 117.

Eso significaba que Quon Sá vivía en el rascacielos número veintidós de la calle 771 y que dicho rascacielos tenía ciento diecisiete pisos. La numeración venía impuesta por la Comisión Planificadora de Urbanismo. Si se alojaba allí bajo su verdadero nombre, lo hallaríamos en el casillero de inquilinos

El inspector quiso lanzarse a la carrera hacia puerta. Pero mientras tanto, yo había estado haciendo funcionar activamente mis bobinas.

—Alto, jefe.

Kastell se detuvo con una pierna en alto, en actitud bastante ridícula.

—¡Rocky! ¡Se trata de Leni! —dijo.

—Baje la pierna. Tengo una idea mejor.

Kastell puso los brazos en jarras.

—Rocky, no es hora de bromas. ¿Qué diablos pretendes?

—Salvar a la señorita Leni y que usted consiga complacer al embajador.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

Se lo expliqué. El inspector se rascó la cabeza dubitativo.

—No sé si dará resultado —gruñó.

—Ellos crean espejismos, ¿no? ¿Por qué razón no podemos hacer nosotros lo mismo?

—¿Y si no da resultado?

—Entonces, estaremos igual que ahora —respondí—. Y buscaremos otro truco para derrotarles.

—Está bien —accedió mi amo al cabo—. Pero si no da resultado, juro que irás a parar a la chatarra.

—Se aprovecha de que es un humano para a amenazar de muerte a un robot. Si yo fuera humano, no me lo diría, se lo aseguro.

Kastell se echó a reír. Mi idea le había puesto de mejor humor. Hasta me dio un par de palmadas en el hombro.

—Te aprecio demasiado para hacer una cosa semejante contigo, Rocky. Anda, ponte en contacto con el embajador y dile que quiero

hablarle.

—Bien, señor.

Establecí la comunicación. Se puso al aparato un secretario de la embajada quien aseguró que su amo estaba muy ocupado con asuntos propios de su misión diplomática. Como el neuveano no podía distinguir si yo era humano o robot, le dije que si no decía al embajador que el inspector Kastell quería hablarle, acabaría limpiando los metales de la puerta de la Embajada. El secretario se rindió.

Kastell se fue derecho al grano apenas vio en la pantalla la imagen del embajador.

—Necesito que me facilite el domicilio de S. N. —dijo, citando a la dama de luto por sus iniciales.

Su Excelencia respingó.

—¡Inspector! —dijo, atónito y rabioso a la vez.

—Está equivocado si cree que pretendo hacerle la competencia, Excelencia. Sólo pretendo ayudarle... pero he de hacerlo a mi manera, o no lo haré.

—Me gustaría saber qué pretende —rezongó Rynn.

—¿Cree que es el medio mejor para hablar el visófono? Vamos, deme esas señas o corto la comunicación y corto todo, aunque me cueste ser degradado a simple patrullero orbital.

—Está bien. —El embajador claudicó.

* * *

A la noche siguiente, llamábamos a la puerta de Quon Sá.

Nos abrió el propio interesado. Era un tipo de regular estatura y aspecto taimado, más que por la nariz ganchuda que campeaba en sus facciones descoloridas, por los ojos negros, de vivísimo fulgor, que se agitaban de continuo en sus órbitas.

—¿Sí? —dijo el tipo.

Mi amo enseñó sus credenciales.

—Soy el inspector Ferdinand Kastell, de la comisaría 30 —se anunció—. Éste es mi robot personal. Lo traigo solamente a efectos de registrar cuanto se hable aquí. Y claro, también las imágenes.

—No entiendo por qué viene a verme un policía —alegó Quon Sá.

Pacientemente, mi amo le entregó una fotocopia del mensaje recibido veinticuatro horas antes.

—Anoche dejaron esta nota en mi casa —manifestó—. Me parece que alguien ha sufrido un error.

—No seré yo, en todo caso —declaró Quon Sá después de haber leído el mensaje—, ni se me alcanza qué pueda tener que ver con este secuestro.

—Bien, si usted no ha cometido el error, tal vez lo haya cometido un amigo suyo. Cuando lo vea...

El inspector Kastell se interrumpió de pronto. Consultó su reloj.

—Rocky, me parece que ya es la hora de la entrevista de la señorita Macklen.

—Sí, señor —contesté. Y pasando por un lado del sorprendido Quon Sá, crucé el salón y conecté el visor que había en un ángulo de la estancia.

La pantalla se iluminó a poco. Estaban terminando un telefilm de la serie *Piratas del Espacio* y esperamos aún unos minutos, en medio del desconcierto y de la irritación del bertokiano.

—Si sólo han venido aquí para hacerme contemplar esas memeces —rezongó Quon Sá.

—Un momento, por favor —dijo mi amo, levantando la mano.

La palabra FIN apareció en la pantalla. Soportamos estoicamente dos minutos de «spots» publicitarios, y luego el locutor anunció que la conocida periodista Leni Macklen iba a entrevistar a un famoso especialista de la medicina, en su rama de curación de alcohólicos.

Leni apareció en la pantalla, hablando con el doctor Von Ruwerts. Las preguntas de la chica eran rápidas, agudas, ingeniosas. El médico contestaba bastante bien y exponía sus puntos de vista sobre el problema del alcoholismo, sus secuelas y su modo de curarlo.

Leni y el galeno fumaron durante la entrevista. Para terminar, ella preguntó:

—Entonces, doctor Von Ruwerts, usted opina que el alcohol, en dosis moderadas, no es un peligro, quiero decir; por ejemplo, una o dos copas de vino al día.

—En absoluto —afirmó el galeno.

Leni agitó la mano. Un camarero colocó discretamente sobre la mesita una botella de vino y dos copas de cristal tallado y largo pedúnculo. Leni llenó ambas copas, entregó una al médico y tomó la otra.

—Entonces, doctor, a la salud de todos nuestros televidentes —brindó.

La cámara situó la imagen de la joven en primer plano. Resultó fácil ver los movimientos de deglución de su esbelta garganta… una cosa que hubiera resultado imposible en un robot, incluso tan perfeccionado como yo.

—Cierra, Rocky —ordenó el inspector—. Es suficiente.

Y se volvió hacia Quon Sá, cuyo rostro aparecía lívido.

—No sé de dónde se han sacado usted o sus amigos que la dama que está a bordo del satélite es Leni Macklen —dijo Kastell enfáticamente—. Con toda seguridad, sufrieron una confusión; quizás la prisionera es muy parecida a la señorita Macklen. Yo he recibido una misión y la cumpliré a pesar todo, señor Quon Sá. Ahora, a ustedes les toca actuar… y en el mejor sentido posible; retirar la inmunidad diplomática a un funcionario de la embajada bertokiana, podría crearle graves dificultados en su planeta al regreso.

Se dirigió hacia la puerta. Depositó la copia del mensaje sobre una consola y miró a Quon Sá, que no tenía ánimos para hablar siquiera.

—Es usted bastante listo, amigo mío —habló de nuevo—. Tanto, que sabiendo que venía un robot conmigo, no ha intentado aturdirme con alguno sus espejismos, que no hubiese causado el menor efecto en el cerebro mecánico de mi sirviente. Si hace honor a su inteligencia, hablará con… su jefe para que suelten a esa prisionera, que no tiene culpa de lo que ocurre. Ah, y otra cosa: tenemos pruebas del secuestro.

—Lo dudo —dijo Quon Sá, con los dientes apretados—. Puede que la prisionera, en efecto, no sea la señorita Macklen, pero es una mujer… una vida humana. La presión sigue, inspector.

Kastell sonrió.

—El mensaje que recibí está siendo analizado en los laboratorios policiales. No tiene huellas digitales, es un papel común, una tinta barata, la letra imitando a la de imprenta… pero han olvidado una cosa: el que lo escribió dejó en su superficie una microscópica cantidad de su transpiración. Usted sabe perfectamente que no hay ningún humano que tenga en sus secreciones una fórmula molecular igual. Maten a esa pobre chica y estallará una bomba en la

embajada bertokiana. ¡Buenas noches, señor Quon Sá!

Salimos de la casa. El helichorro estaba parado en la azotea. Puse los motores en marcha y me elevé unos mil metros, conectando al mismo tiempo el visor de rayos infrarrojos.

—Shinia Negg se portó muy bien —comentó mi amo, encendiendo un cigarrillo.

—Hubiese jurado que era la propia señorita Leni. El departamento de caracterización de la Policía ha sabido trabajar a fondo —comenté yo.

—Sí, y eso me ha dado otra idea, en la cual no has caído tú, Rocky —dijo mi amo—. Sin embargo, reconozco que la base de dicha idea te la debo a ti... ¡Calla, ahí sale Quon Sá de su casa!

El sujeto apareció en la azotea de su edificio. Miró con recelo a derecha e izquierda y luego trepó a uno de los helichorros que había estacionados en aquel lugar.

El aparato se elevó de inmediato. Yo lo seguí con el visor de infrarrojos, que me permitía captar imágenes fácilmente en las tinieblas, pero no moví nuestro aparato del punto en donde nos hallábamos.

Kastell alargó la mano y conectó el transmisor de radio.

—Base Uno a Base Dos —llamó—. Sujeto parte de casa en dirección SO. Sígale y conecte imágenes.

El sargento Anders estaba apostado con un aparato idéntico en una posición estratégica. Enfocó su visor el helichorro de Quon Sá y luego estableció la conexión de imágenes con el nuestro. Sentados cómodamente en la cabina, contemplamos lo que sucedía en la pantalla.

¿A quién iba a visitar Quon Sá?

CAPÍTULO VIII

Una hora más tarde, Quon Sá hizo descender su helichorro en el jardín de una casa situada hacia el sur de la ciudad, en plena campiña. Actuando con magistral habilidad, Anders le siguió sin cesar, no sólo con su aparato, sino con el objetivo, de modo que no le perdimos de vista un solo momento.

Quon Sá se apeó del helichorro y caminó hacia la casa, cuya puerta se abrió en el momento en que llegaba. Una silueta humana apareció bajo el dintel.

—¡Es Gyull! —exclamé sin poder contenerme.

—Vaya, no conocía a ese pajarraco más que de referencias —comentó mi amo.

Los dos hombres hablaron brevemente en el umbral de la puerta. Luego desaparecieron en el interior de la casa.

—Base Dos a Base Uno —llamó Anders—. Solicito instrucciones.

—Base Uno a Base Dos. Instrucciones: Esperar.

—Enterado.

El tiempo pasó. De pronto, como cuarenta minutos más tarde, Quon Sá salió de la casa.

Iba solo. Caminaba muy rápido.

—Eso me huele a chamusquina —dije.

Gyull montó en el helichorro, el cual arrancó a gran velocidad inmediatamente.

Mi amo tomó el micrófono.

—Base Uno a Base Dos. Aterrice e investigue. Pase a Base Tres misión de seguir a segundo sujeto.

—Enterado.

Anders llamó a otro helichorro al acecho. A continuación, empezó a perder altura para tomar tierra en el jardín de la casa.

De pronto, una fuerte llamarada que brotaba del interior del edificio, hizo saltar los vidrios de las ventanas. Lenguas de fuego salieron al exterior.

—¡La casa arde! —gritó Anders, olvidando la contraseña.

Los esfuerzos del sargento fueron estériles. Cuando quiso reaccionar la casa estaba convertida en una inmensa hoguera.

—Tenías razón, Rocky; olía a chamusquina —comentó mi amo en tono lúgubre.

Quon Sá no había obrado de manera acertada. Gyull lo había eliminado, provocando luego el incendio para borrar las huellas de su crimen.

Y mi amo no podría acusar a Quon Sá del secuestro, aunque obtuviese la prueba de la fórmula sudorípara. Buscando una reducción de la pena, Quon Sá podría sentirse inclinado a hablar, comprometiendo gravemente a otros, pero Gyull lo había evitado

por el procedimiento más expeditivo.

El informe de los tripulantes del tercer helichorro resultó significativo y descorazonador: Gyull se había dirigido sin titubear a la embajada de su planeta en la Tierra.

—Ahí sí que no podemos hacer nosotros nada —comentó mi amo sombríamente.

—Sólo por el momento, jefe —le corregí yo.

* * *

Al día siguiente nos reunimos en casa de Shinia Negg.

Además de la dueña y de nosotros dos, asistieron también el embajador y el sargento Anders. Shinia conservaba aún el peinado y el cabello del mismo color del de Leni. Su cara era la propia. Para actuar en la TV, le había sido confeccionado un rostro falso, exactamente igual al de Leni, hecho en un finísimo tejido de plástico, que habría engañado a cualquiera. Si se comparaban las dos mujeres, Shinia era algo más alta y de formas más opulentas, pero, tal como había actuado, sentada y con un vestido que disimulaba bastante las prominencias del busto, el engaño había dado el resultado apetecido.

—Pero estamos en el mismo punto —dijo Rynn, desanimado—. Ellos no han dado muestras de ceder.

—Todavía no han publicado la grabación tomada —alegó mi amo—. Por favor, ¿tiene la bondad de pasar la copia que le enviaron?

El embajador preparó el proyector. Yo monté la pantalla y luego atenué las luces.

La escena había sido captada con sorprendente fidelidad. Se veía entrar a la víctima, hablar con Shinia primero y luego con Rynn.

—Yo estaba entonces en el baño —dijo su Excelencia—. Cualquiera que contemple este film, creerá que llegué de repente y que los sorprendí *in fraganti*.

Mi amo no hizo el menor comentario. La proyección continuó. De pronto, Rynn, sin motivo aparente, agarró la estatua y golpeó la cabeza del visitante. Éste cayó el suelo instantáneamente.

Se vio con claridad la cara de horror de Shinia y la estupefacción que aparecía en las facciones su Excelencia. La escena se cortó segundos después cuando Rynn, después de examinar el cuerpo, dijo:

—¡Está muerto!

Naturalmente, el sonido no había sido grabado, pero la frase había sido pronunciada con tal claridad que hasta el más lerdo habría sabido leer en el movimiento de los labios. Su Excelencia estaba perdido.

—Enciende, Rocky —ordenó mi amo.

—Sí, señor.

Kastell se volvió hacia Anders.

—¿Identifica usted a la víctima, sargento?

—Sí. Es... o era Klaus Ohlin —contestó sin vacilar.

Pera esto nos había acompañado, a pesar de que ya lo sabíamos.

—¿Quién era Ohlin? —preguntó Shinia.

—Un vulgar maleante, un carterista de dedos finos, pero capaz de realizar también algunas otras «hazañas», sobre todo si estaban bien pagadas —informó el buen Anders.

—Con toda seguridad, él no sospechaba lo que iba a ocurrir —manifestó el inspector—. Debieron sugestionarle y lo enviaron al satélite con la misión de provocarle a usted, embajador. La provocación —añadió mi amo con intención—, debió de ser muy fuerte.

Rynn apretó los puños.

—Prefiero no hablar de ello —contestó.

Miró a Shinia. Estaba encendida como una amapola. El rubor le llegaba hasta el nacimiento del busto arrogante y espléndido. Era fácil suponer en qué había consistido la provocación. Y por una mujer así, todo un embajador de prestigio estaba comprometido, no sólo su carrera, sino unas delicadas negociaciones que su planeta le había encomendado. La fama de Shinia, desde luego, era pésima, pero al contemplarla, parecía imposible que una mujer tan hermosa y de aspecto tan dulce pudiera tener un pasado semejante. Y, sin embargo, así era.

—Tampoco yo —rezongó el inspector—. Por su culpa, mi prometida está en un grave aprieto.

—Pero ellos creen que ahora Leni está en la ciudad —alegó Shinia—. Y, naturalmente, pensarán que protegida por la policía.

—Sí, lo sé. Sin embargo, Quon Sá antes de separarnos, lo dijo bien claro. Para ellos, la prisionera puede no ser mi prometida, pero es una vida humana. Piensan que no toleraremos que muera... y

seguirán adelante con el chantaje.

—¿Y no se le ocurre a usted nada? —preguntó el embajador—. Si es necesario, puedo interponer mi influencia para que se le facilite cuanto precise, inspector.

Mi amo sacudió la cabeza.

—No, muchas gracias —contestó—. Ya me arreglaré yo solo.

—Con la ayuda de su robot —dijo su Excelencia mirándome. Me incliné ligeramente.

—Se me construyó para servir a los humanos —contesté.

—Cuando haya terminado mi misión —dijo su Excelencia—, seguramente deberé volver a mi país; es lo acostumbrado en la diplomacia. Haré lo imposible por llevarme un robot, como tú, ya que me imagino que el inspector no querrá soltarte a ti ni a tiros.

Conecté el circuito de la sonrisa.

—Si no sirviera al inspector Kastell, me gustaría servir a su Excelencia —declaré, usando el circuito del halago.

—Está bien —terció mi amo—. Siento tener retirarnos. Excelencia, señora Negg... —se despidió.

Momentos después, abandonábamos la residencia de Shinia Negg, con la impresión de que todo seguía igual que antes.

CAPÍTULO IX

Yo piloté el aparato de vuelta. Detrás de mí, Kastell y Anders estaban muy pensativos.

—Ahora ya no podemos repetir el truco —dijo mi amo—. Ohlin está muerto y ellos tienen el cadáver. Si hiciésemos circular por ahí un doble de Ohlin, descubrirían la trampa enseguida.

—Pondré a todos mis hombres a trabajar en el acto, para descubrir el sitio donde está guardado el cadáver —manifestó el sargento.

Kastell sacudió la cabeza.

—No se moleste —dijo—. Yo sé dónde está.

—Interesante, jefe —intervine—. ¿Dónde?

—En la embajada bertokiana.

Anders silbó. Yo también.

—Es el sitio más lógico, parece —manifesté—. Derecho de extraterritorialidad, inmunidad diplomática... Allí no podemos meter las narices, dicho sea con todos los robóticos respetos.

El aparato continuaba volando.

—Sargento —dijo mi amo al cabo—, no nos queda otro remedio que investigar dos millones largos de órbitas de satélites artificiales.

—Sí, señor.

—Obviamente, no todos los habitantes de los satélites han ido y venido en los últimos días. Investigue solamente las órbitas de los que han recibido o expedido pasajeros el mismo día en que fue secuestrada la señorita Macklen.

—Bien, señor —contentó Anders con vos neutra.

Era una leve posibilidad, pero había que tenerla en cuenta. Lo malo era que, aunque descubriésemos el satélite, no podríamos hacer nada por salvarla.

Regresamos a casa. Preparé la cena. Anders se había marchado, a fin de cumplimentar la orden del inspector.

Éste se hallaba sumido en un deprimente silencio Mientras disponía la mesa, yo también pensaba. Conectaba mis distintas bobinas, buceando en el fondo de ellas, a fin de resolver la situación por analogía con otra semejante.

Pero no conseguía encontrar nada que me sirviese. Kastell cenó desganadamente y, al fin, siguiendo mis consejos, se fue a descansar, que buena falta le estaba haciendo.

Por la mañana, cuando le servía el desayuno, llamaron a la puerta.

Abrí. Un mensajero me entregó un sobre largo y recio.

—Para el inspector Kastell —dijo. Y se marchó.

Entregué el sobre a mi amo, junto con una plegadera. Mi amo rasgó el sobre y extrajo de su interior un gran tarjetón, de filetes dorados, en cuyo dentro campeaba el escudo de Bertok.

> El embajador del Estado Planetario de Bertok se sentirá muy honrado con la asistencia del inspector de Policía, Ferdinand Kastell, a la recepción que, en conmemoración del 12.533º aniversario de la fundación del Estado se celebrará en los salones de la Embajada el próximo día 9 de

abril de 2251.

R. S. V. P.[2]

—¡Vaya! —resopló mi amo—. ¿Desde cuándo acá se interesan por un insignificante policía?

—Desde que le conocen como enemigo suyo —contesté—. Y, mire las cuatro iniciales del final; es la fórmula francesa de pedir respuesta. ¿Qué les dirá?

—Acudiré, por supuesto —contestó el inspector, meditabundo—. Pero no entiendo por qué me invitan.

—Yo sí, con los debidos respetos. Quieren comprobar si la señorita Macklen está en la Tierra o en su satélite.

—Pero la invitación sólo esta dirigida a mí —alegó mi amo.

Procuré mostrar compostura y no sonreír.

—Señor, le sugiero la conveniencia de trasladarnos al domicilio de la señorita Leni. Mi circuito del presentimiento me dice que encontraremos allí una invitación semejante.

—¡Santo Dios!

Mi amo se quedó aplanado. En efecto, ¿cómo resolver un problema tan peliagudo?

—Vamos —dijo de pronto, lanzándose hacia la puerta.

Llegamos al edificio donde vivía Leni. No teníamos llave, pero el conserje, a requerimiento de ni amo, nos prestó la llave maestra. Poco más tarde, penetramos en el apartamento.

El tarjetón estaba en el suelo, al pie de la puerta. Lo habían arrojado por debajo de la misma y era una invitación análoga.

Kastell me miró casi con terror.

—Rocky, estamos a siete de abril. ¿Qué hacemos?

—Temo que no nos quedará otro remedio que preparar a una segunda dama para que desempeñe papel de su prometida.

—Sí, pero ¿quién, Rocky?

—En cuanto a eso, debe quedar a la sagacidad de todo un inspector de policía, que antes de comprometerse con la señorita Leni, tenía numerosas y excelentes amistades femeninas. Deberá descartar a Shinia Negg.

—¿Por qué? —preguntó Kastell—. Ya desempeñó el papel una vez y lo hizo bien…

—Pero se presentó ante las cámaras de TV, sentada y con un vestidito sencillo. Ahora, no le cabe el recurso de enviar una imagen

suya, sino que tendrá que ir por sí misma y vestida con traje de gala, muy escotado, por supuesto. Mide, calculo, cinco centímetros más que la señorita Leni y esto es algo que no se puede disimular tan fácilmente.

—Tal vez con tacones bajos... —sugirió el inspector, esperanzado.

—¿Con la moda actual, de falda a diez centímetros por encima de la rodilla? Semejaría un escopetazo en un funeral, si se presentase con un vestido hasta los pies. Además, habrá quince o veinte tipos pertenecientes al personal de la embajada, estudiándola con todo detalle. Sospecharían no solo por la falda larga, sino por los tacones bajos. Aparte de que tanto por la estatura, como por la edad y complexión, sus formas son digamos más abundantes que las de la señorita Leni. No, tiene que buscar una de características físicas idénticas a ella, en la que lo único diferente será el rostro postizo. Y buscarla pronto —concluí.

Mi amo asintió, muy desanimado.

—Tendré que pensar... —dijo en voz baja.

Mientras lo hacía, yo me dediqué a recorrer el interior del apartamento, buscando algún detalle que pudiera facilitarnos cualquier pista para encontrar el paradero de la chica. De pronto, sobre la mesilla de noche divisé una libreta con tapas de hule negro.

Abrí la libreta y empecé a hojearla con rapidez. Había muchas anotaciones hechas por Leni, referentes a las informaciones que obtenía para su periódico. La última estaba hecha precisamente el día del secuestro.

«Hablar con Peter Storr. Urgente.»

—¿Amo? —llamé.

Kastell vino al momento. Le enseñé la libreta.

—¿Quién es Peter Storr? —preguntó.

—Usted es policía —respondí.

Kastell dudó un segundo. Luego se abalanzó sobre el visófono.

—Sargento Anders —llamó, apenas estuvo establecida la comunicación.

Anders compareció anta la pantalla, segundos más tarde.

—¿Inspector?

—Tengo un nombre —contestó mi amo—: Peter Storr. Busque en los archivos y llámeme enseguida al visófono de la señorita

Macklen. Esperaré aquí mismo.

—Sí, señor.

La casa estaba en perfecto orden y había víveres en el refrigerador. Abrí una alacena y saqué café.

Serví un par de tazas a mi amo, quien las consumió rápida y nerviosamente. Mientras lo hacía, me dediqué a consultar la guía visofónica.

Encontré siete sujetos con el nombre de Storr. Bastó un simple vistazo para grabar sus direcciones en la bobina correspondiente.

Anders llamó diez minutos más tarde.

—Tenemos fichados a dos sujetos con ese mismo nombre —informó—. Le daré sus domicilios.

—Conforme. Rocky, grábalos.

—Sí, señor.

Anders facilitó los domicilios. Uno de ellos lo tenía ya, puesto que estaba registrado en la guía. El otro carecía de visófono.

—Gracias, Anders —dijo mi amo, cortando la comunicación—. Visitaremos primero al que no tiene visófono.

—Buena idea —aprobé.

Peter Storr no estaba en el domicilio marcado.

El conserje nos informó que había sido detenido dos meses antes. Como la detención había sido efectuada por agentes de otra comisaría, resultaba lógico que Anders no tuviese noticia del hecho.

—Éste no ha podido ser —dedujo mi amo sin esfuerzo.

Fuimos a ver al otro Storr. Residía en la calle 70 y poseía una tienda de aparatos fotográficos y cámaras de filmar y grabar. Sobre la puerta del establecimiento se veía el cartelito clásico: He salido a comer.

—Esperaremos —dijo mi amo—. Vamos a esa cafetería que hay enfrente.

Nos sentamos en una mesa, tras los vidrios, al otro lado de la calle, vigiando la tienda sin cesar. La camarera se acercó a tomar el pedido. Kastell encargó una taza de café.

—Mi acompañante es robot —dijo, lo cual me costó una desdeñosa mirada de la exuberante camarera.

Esperamos diez minutos. Los diez minutos se transformaron en treinta. Pasó un espacio doble de tiempo.

Kastell empezó a impacientarse.

—No es posible que un hombre tarde una hora en comer, teniendo que atender un negocio —comentó, entre dientes.

Miré hacia el mostrador de la cafetería. Había varios sujetos tomando el almuerzo de mediodía.

—Llame a la camarera —sugerí.

Kastell agitó la mano. La camarera, una mujer joven, de cara agriada y formas exuberantes, acudió desganada, con gran movimiento de sus pomposas caderas.

—¿Sí? —dijo en tono carente de entusiasmo.

—Estoy esperando a un amigo —manifestó mi amo—. Peter Storr. Quedamos citados aquí para conversar durante la hora del «lunch»...

—Hoy no ha venido —dijo la camarera.

—¿Suele acudir aquí con frecuencia?

—Todos los días —contestó ella—. Y eso es lo que me extraña, porque estoy viendo desde aquí la tienda cerrada y tendría que estar comiendo ya.

Mi amo y yo nos miramos uno a otro. De pronto Kastell dijo:

—Tráigame un visófono, pronto.

Apoyó su petición con un billete y la camarera dio señales de mostrarse más colaboradora.

El aparato llegó segundos después. Kastell marcó una cifra y, cuando estuvo hecha la comunicación, dijo:

—Envíen inmediatamente una patrulla al número 882 de la calle 70. Sospecho que se ha cometido un asesinato.

Salimos a la calle y cruzamos al otro lado. Segundos después, escuchamos el ulular de una sirena policíaca.

Los dos agentes del coche nos ayudaron a forzar la puerta. Entonces vimos que los presentimientos de mi amo se habían cumplido.

Peter Storr había sido asesinado. Tenía en torno al cuello un delgado cordón de seda, causa indudable de su muerte. Ya no nos diría quién fue el que le compró la cámara de filmar, con la cual se había registrado la muerte de Klaus Ohlin.

Ni tampoco obtendríamos el nombre del comprador, porque el asesino se había llevado todos sus libros.

Era preciso reconocer que había sido un golpe magistral.

CAPÍTULO X

Mi amo se paseaba por la estancia como un león enjaulado. Rynn y Shinia, sentados en un diván, con las manos juntas, como dos enamorados adolescentes, le contemplaban en silencio.

Yo estaba en un rincón, viendo un programa de televisión con el sonido muy atenuado. Con un oído captaba lo que decían los humanos y con el otro recogía el sonido de la TV, además de las imágenes, por supuesto.

—No quieren dejar rastro, es evidente —masculló mi amo, al cabo de unos minutos de prolongado silencio—. Sabemos que mataron a Storr para que no los delatara; incluso se llevaron los libros… así no podíamos ver tampoco la anotación de la venta. ¿Cómo luchar contra semejantes imponderables?

Rynn bajó la cabeza.

—¡No, no lo hagas! —exclamó Shinia—. A mí, el escándalo no me importa… estoy acostumbrada, tristemente acostumbrada, y en cuanto a ti, una vez concluidas las negociaciones, poco puede importarte ya lo que pueda sucederte.

—Es que habrá tres sesiones finales de discusiones —dijo el embajador—. Y ellos estarán informados de lo que se habla en cada sesión. Si ven que me inclino por llevar las negociaciones al buen camino, lanzarán la historia a la voracidad de las gentes. Personalmente, no me importaría en absoluto… pero están en juego demasiadas cosas…

—Por la misma razón, no puedes ceder a sus deseos —alegó Shinia apasionadamente—. Querido, una vez conseguida la firma del tratado, poco debe importarte lo que nos pase.

—Es que se romperían las negociaciones, ¿no lo comprendes? —exclamó Rynn con acento de desesperación—. Lo quiera o no, me tienen cogido por el cuello y haré todo lo que ellos quieran.

—Estamos a ocho de abril —dijo mi amo—. Jueves. Todavía, hasta el lunes a las nueve de la mañana en que se iniciarán las sesiones preliminares, disponemos de cuatro días.

Rynn se puso en pie y se sirvió una copa.

—Con franqueza, yo no le veo ninguna solución. Tendré que

dimitir y poner el cargo en manos de mi canciller... pero, entonces, el Ministerio de Asuntos Estelares no querrá tratar con alguien de menos rango que el de embajador. Las negociaciones quedarán rotas... y los bertokianos se lanzarán entonces al asalto. Conseguirán lo que no hemos podido conseguir nosotros —terminó apesadumbrado.

—¿Tanta importancia tienen esas negociaciones? —preguntó mi amo.

—Sí —respondió el embajador—, porque, caso de firmarse el tratado, nosotros, a cambio de las patentes de los instrumentos de navegación interestelar y de los propulsores espaciotemporales, obtendríamos un cupo anual de semillas de vegetales alimenticios. Neuvea, como Bertok, es un planeta de una aridez espantosa y la vida vegetal es casi inexistente. Durante siglos enteros nos hemos afanado en trasplantar especies vegetales de otros planetas al nuestro, pero todos los esfuerzos resultaron inútiles; se trataba de plantas que no arraigaban.

—Y las de la Tierra, sí arraigan —dijo mi amo.

—De una manera rápida y fructífera, pese a la escasez de agua —contestó el embajador—. Pero aun esto es lo de menos, con ser mucho, porque en las negociaciones entra también un tratado de asistencia y defensa mutua. Ustedes han desarrollado mucho los ingenios bélicos; nosotros, en ese aspecto, puede decirse que somos unos chiquillos. Si logramos, en el espacio de un cuarto de siglo solamente, la repoblación vegetal de extensas zonas del planeta, constituiremos un objetivo muy apetitoso para los bertokianos y para habitantes de otros planetas, en tan precarias condiciones como nosotros. Usted, inspector, no puede darse una idea del fabuloso éxito que han tenido entre nosotros las pocas muestras de alimentos vegetales que hemos importado envasados... a un pueblo que lleva siglos creando los alimentos sintéticos del suelo mismo, ofrecerle un simple bote de arroz hervido es ofrecerle un manjar de dioses.

Rynn sonrió.

—Además, una vez conseguida la producción en grandes cantidades de alimentos vegetales, importantísimos animales... se reproducirán con grandísima rapidez; allí reina una temperatura primaveral durante todo el tiempo. Nos hemos convertido en unos

tecnólogos tan grandes, que hemos llegado a descuidar que en el mundo hay más que ciencia y que también existen otras cosas dignas de atención, menos importantes, quizá, pero que son las que sazonan la existencia. Claro está, se trata de una carrera para ver quién llega primero y firma el tratado, porque también en la Tierra hay exceso población y no se pueden desatender sus necesidades mínimas por socorrer a otros. Ustedes dicen que la caridad bien entendida empieza por uno mismo y me parece muy lógico.

—Entonces, si ustedes no consiguieran firmar el tratado, se lo llevarían los bertokianos —dijo mi amo.

—Exactamente. Y entonces, nosotros tendríamos que depender de ellos.

Kastell se tironeó del labio inferior.

—No me gusta mucho tratar con seres que crean espejismos. —Miró a Shinia—. Usted disparó contra Gyull, pero lo hizo contra el que creía era Gyull, es decir, contra su propio espejismo.

Shinia asintió.

—Así fue, en efecto —murmuró.

En aquel memento, el locutor de la TV anunció que el famoso profesor Witzel, una autoridad mundial en etnología, iba a hacer algunos comentarios sobre el viaje que acababa de realizar a Bertok.

Le presté atención de modo maquinal —y no es porque yo sea una máquina— sino porque casi estaba más pendiente de la conversación de los humanos. Aunque grababa todos los sonidos y podía reproducirlos cuando quisiera, es lógico que no pudiera dividir mi atención por completo.

El profesor Witzel empezó a explicar las peculiaridades de la raza bertokiana. Habló de sus características anatómicas, de su ángulo facial… una serie de lugares comunes, que no decían nada, porque la verdad es que un bertokiano y un terrestre no se diferencian en nada.

Salvo en sus fabulosos poderes mentales.

—Pero los bertokianos —siguió Witzel— están aferrados a una vieja y curiosísima superstición, la cual, a mi entender, es un subproducto de los largos siglos en que sus sabios se esforzaron por realizar las mutaciones— genéticas que han conducido a la raza actual…

Muy curioso, en efecto, dije para mis adentros. Una superstición

muy curiosa... aunque un tanto absurda, contemplada desde el punto de vista de un humano.

Mi amo se despidió de la pareja.

—Nos veremos en la fiesta —anunció Rynn.

—¿Va a ir usted? —preguntó el inspector, asombrado.

—Y la señora Negg —contestó el embajador—. Nos han invitado a ambos y las conveniencias sociales exigen aceptemos la invitación.

—De este modo, si es que llegaron a sospecharlo, se aseguran de que la señora Negg no podrá interpretar de nuevo el papel de mi prometida.

Shinia se tocó la frondosa cabellera.

—Tendré que devolverle su color original —dijo sonriendo.

Kastell y yo embarcamos en el helichorro.

—Rocky, estoy en un grave aprieto —dijo.

—Lo sé, señor.

—No me atrevo a buscar a otra muchacha para que desempeñe el papel de Leni. Podrían descubrirlo... y la verdad, no me gustaría hacer el ridículo.

—El señor tiene toda la razón.

—Debo afrontar la situación, Rocky. Por el momento, es cierto, llegamos a desconcertarles, pero ellos saben muy bien que no arriesgaremos una vida humana, aunque no se trate de la de Leni.

—Sí, señor.

Hubo una pausa de silencio.

—Aconséjame, Rocky.

—¿Yo, señor? ¿Un robot dando consejos a humano? Si no fuera por temor a ofenderle, diría que está de broma.

Kastell lanzó un gruñido.

—Tú sabes muchas más cosas que un humano. Investiga en tus bobinas memorísticas, consigue resultados, analízalos y...

—Y mientras no encontremos el botón que dispara los chorros del satélite o la clave que permite abrirlo, no conseguiremos nada.

—Ese botón y esa clave están en la embajada bertokiana.

—Sí, señor.

De nuevo volvió el silencio.

—Rocky, estoy desesperado. Ya no sé qué hacer —confesó el inspector.

—El sabor de la derrota es doblemente amargo cuando se ve venir y no se puede hacer nada por evitarla —dije en tono sentencioso.

Era una verdad como un templo, y no es porque sea yo el autor de la frase sino porque, tal como se estaban poniendo las cosas, no se vislumbraba ninguna solución satisfactoria.

Por un lado, el chantaje ejercido sobre Fost Rynn. Por otro, Leni Macklen. Hablando con franqueza, nos tenían acogotados y con la cara pegada al polvo del suelo.

Llegamos a casa. Allí nos esperaba una sorpresa agradable, precisamente por lo inesperada.

La sorpresa consistía en el sargento Anders y en su informe.

—Inspector —dijo, con ojos brillantes por la satisfacción—, he conseguido localizar el satélite donde se encuentra la señorita Leni.

CAPÍTULO XI

El inspector Kastell pegó un rugido de alegría.

—¿Es cierto eso, Anders?

—Sí, señor. —El sargento extrajo una libreta del bolsillo, donde tenía hechas algunas acotaciones—. Mis hombres han sudado lo suyo, pero al fin lo lograron.

—Deme los datos, pronto —pidió mi amo con vehemencia.

—Es un satélite de pequeño tamaño, con capacidad únicamente para dos personas... de los que se llaman de «luna de miel». Orbita a...

Kastell no le dejó seguir hablando. Arrebató la libreta de sus manos y leyó los datos anotados en ella.

—De modo que está ahí —dijo. Reflexionó un poco y al cabo de varios segundos, preguntó—: Aparte de nosotros, ¿quiénes más lo saben?

—Nadie, señor, excepto los agentes que intervinieran en la operación.

—¿Ha avisado a las Patrullas de Vigilancia Orbital?

—No, señor. Esperaba sus órdenes...

—Ha hecho bien, Anders. Espere un momento. ¡Rocky!

—A la orden, señor —contesté saludando rígidamente.

—Déjate de tonterías; no estamos para bromas —refunfuñó mi amo—. Prepara café para dos.

—Bien, señor.

Me dirigí a la cocina, no sin antes aumentar la capacidad amplificadora de mis micrófonos auditivos. Mi amo dice que un día me va a devolver a la fábrica para que me quiten el circuito de la curiosidad, pero nunca lo hace; sabe que le sirvo mucho mejor así, enterándome de todo… y no repitiéndolo, por supuesto.

Kastell se dirigió al visófono y marcó un número. Una voz le contestó al momento.

—Patrullas de Vigilancia Orbital, Central de Comunicaciones —dijo la voz—. Exprese sus deseos, señor.

—Soy el inspector Kastell, de la comisaría 30 —se presentó mi amo—. Necesitaría entrar en comunicación con el capitán McDyren.

—Un momento, inspector. Enseguida le pondremos con el capitán.

Paso un minuto largo. Ya tenía el agua las tazas, así que puse todo en la bandeja, con un tubito de café soluble en tabletas y regresé al salón, justo en el momento en que la imagen del capitán McDyren aparecía en la pantalla.

—Hola, Ferdy —saludó el Oficial de Vigilancia Orbital—. ¿Qué tripa se te ha roto por el espacio?

—Un secuestro. En un satélite —contestó mi amo.

McDyren silbó.

—Eso es grave, Los secuestradores arriesgan el pellejo —observó —. ¿Quién es el secuestrado?

—Mujer. Mi prometida.

—¡Caramba! —respingó el oficial de las PVO—. ¿Algún tipo celoso?

—Ojalá fuera tan simple —se lamentó mi amo—. Es un poco largo de contar y no quiero hacerlo a través del visófono. En cambio, te facilitaré los datos del satélite… pero haciéndote una advertencia.

—Sí, Ferdy.

—No os acerquéis demasiado al satélite; no intentéis liberarla ni hagáis nada por cortar la órbita del satélite. Mi prometida corre peligro de muerte si se intenta soltarla antes de tiempo.

—No lo entiendo muy bien, pero lo haré como dices, Ferdy.

—Gracias, Mac; eres un buen amigo. Ah, si ves que merodea alguna nave sospechosa en torno al satélite, no la detengas; haz que tus nombres se limiten a seguirla y a observar sus movimientos con todo cuidado.

—Sí, Ferdy.

—Yo buscaré ahora un cohete para subir ahí arriba. Quiero decirle a la chica que no se preocupe, que intentaremos salvarla por todos los medios…

—Escucha, Ferdy —dijo el capitán McDyren—. Ve al astropuerto de las PVO. Cuando llegues allí, tendrás esperándote una patrullera rápida que te subirá hasta la órbita en menos tiempo que un cohete ordinario.

—Gracias, Mac; sabía que eras un buen amigo y que no me dejarías desamparado. Hasta luego.

Kastell cortó la comunicación y se volvió hacia nosotros.

—Anders, usted se quedará en casa. Si necesitase algo, llamaría a la comisaría y desde allí le transmitirían mis órdenes.

—Sí, señor.

Echaré a andar hacia la isla.

Por encima del hombro, dije, conociendo las aficiones de Anders:

—Sargento, el frigorífico está lleno. Mi amo le invita a aligerarlo de su contenido.

Anders se echó a reír.

—Siempre dije que merecías haber nacido humano no, Rocky —comentó.

—Oh —contesté con displicencia, mientras abría la puerta para que saliera mi amo—, ¿cree que si fuese humano estaría mejor que ahora? Fíjese en el inspector; está que no vive por una chica de ojos claros…

—¡ROCKY! — tronó mi amo.

—Sí, señor; ya me callo. Soy un robot y no tengo otro remedio que obedecerle…

Llegamos al astropuerto treinta minutos más tarde. Nos dirigimos a la oficina de control de órbitas, de donde nos enviaron a la pista número 7.

Un policía orbital se adelantó hacia nosotros.

—¿Inspector Kastell? —preguntó—. Soy el teniente Dukla.

—Encantado, teniente. Éste es mi robot personal. Viene conmigo.

—Sí, señor. El capitán McDyren me ha avisado de lo que sucede. Estamos listos para partir en el momento en que usted lo ordene.

—Entonces, no perdamos más tiempo. ¡En marcha!

Los cohetes de las PVO son algo serio. Son... cohetes, realmente. Parecen aviones anticuados, pero es que llevan unas pequeñas alas para poder moverse en el interior de la atmósfera y toman tierra como los aviones. Pero también pueden realizar despegues y aterrizajes verticales, aunque lo normal es que lo hagan en la forma clásica. Sin embargo aun despegando a la manera antigua, salen disparados como balas de cañón y luego se remontan en un ángulo imposible, ascendiendo casi verticalmente, a la vez que aumentan la velocidad de una forma que al común de las gentes parece suicida.

En menos de cinco minutos estábamos fuera de la atmósfera. El teniente Dukla maniobró a fin de establecer una órbita paralela a la del satélite en que se hallaba Leni prisionera.

El radar detectó a poco un cohete que se acercaba rápidamente. Cinco minutos más tarde, la nave del capitán McDyren se había emparejado con la nuestra.

—¡Ferdy! —llamó el capitán por radio.

—Hola, Mac. ¿Algo de nuevo?

—Todo sigue igual, excepto que he situado dos patrulleras en las inmediaciones. Por ahora, no se ve rastro de aparatos sospechosos.

—Muy bien. Vamos a ver si nos colocamos a la vista del satélite. Quiero hablar con Leni... por radio si es posible. En otro caso, le haría señales por Morse.

—Muy bien —dijo McDyren—. Yo os guiaré.

Aceleró un poco y se colocó en cabeza, Dukla le siguió, guiándose por las rojas luces de sus chorros propulsores.

Veinte minutos más tarde, McDyren anunció que tenía el satélite a la vista.

—Dukla —ordenó mi amo—, sitúese todo lo cerca que pueda, pero no toque siquiera el satélite con la punta del ala.

—Bien, inspector.

Un minuto después, el cohete se hallaba a menos de diez metros del satélite. Uno y otro parecían por completo inmóviles en el

espacio y era preciso mirar hacia la Tierra, que giraba velozmente bajo nosotros a razón de una vuelta cada tres horas —en realidad éramos nosotros los que nos movíamos alrededor del planeta— para damos cuenta de que no estábamos inmóviles, sino que nos desplazábamos a veintiocho mil kilómetros por hora.

El satélite no era más que media burbuja transparente, montada sobre una plataforma circular. Salvo un dormitorio y el baño, lógicamente con paredes opacas —aunque en el dormitorio, a la hora del descanso, si se apagaban las luces, podían polarizarse los vidrios y ver el exterior desde la cama— todo lo demás quedaba visible desde nuestro cohete.

Anders había tenido razón: era un satélite de «luna de miel»: un dormitorio, el baño y un salón con una dispensadora de alimentos prefabricados. Además de la esclusa de acceso, naturalmente.

La cual, en aquellos momentos, nos estaba vedada so pena de lanzar el satélite a la atmósfera, cuyas capas superiores estaban a menos de doscientos kilómetros de distancia.

Sí, se podía intentar el salvamento y forzar la entrada, pero entonces, según nos habían informado los bertokianos, entrarían en acción los chorros correctores de rumbo. En segundos tan sólo, el satélite alcanzaría la atmósfera, y un minuto más tarde habría adquirido una temperatura horrible, para derretirse totalmente, con cuanto había en su interior, a los pocos momentos.

Al ver el cohete, Leni saltó de la butaca en que descansaba y se acercó a la pared transparente, haciendo frenéticas señas con las manos de que no nos acercásemos más. Kastell la tranquilizó y, asimismo por gestos, le indicó que quería hablar con ella.

Leni señaló el televisor que tenía en un rincón. Su mímica era inteligible: podía recibir, pero no emitir.

—Teniente, deme una lámpara de señales —pidió mi amo.

Dukla le entregó el objeto pedido. Emitió unos cuantos destellos.

—Haz funcionar el interruptor de la luz del salón para contestarme —dijo el inspector en Morse.

Leni asintió con la cabeza. Luego, yéndose hacia la puerta, movió el interruptor en la forma requerida.

—Estoy bien, querido. No te preocupes por mí —dijo.

—Te sacaremos. Buscaré el medio de inutilizar la espoleta que pone en funcionamiento los chorros correctores.

—Lo veo un poco difícil —contestó la chica—. La esclusa se abre mediante una clave convenida. Tengo el traje del espacio con que me transbordaron, pero si quisiera usar el mando corriente de apertura, el mecanismo funcionaría instantáneamente. Y no tendría tiempo de salir fuera.

Mi amo maldijo entre dientes. Por razones de seguridad que son obvias, las dos compuertas de la esclusa no se abren nunca al mismo tiempo. Si uno quiere salir de un satélite, abrirá primero la compuerta interna y luego la cerrará. A continuación, extraerá el aire de la esclusa, operación que tarda de cuarenta a sesenta segundos, como mínimo. Y, por último, abrirá la compuerta exterior, cuando en la esclusa se haya hecho ya el vacío. Para entrar se repite la misma operación, pero a la inversa.

Por lo tanto, es imposible entrar o salir de un satélite en un tiempo inferior a minuto y medio o dos minutos. Y si Leni quería forzar la compuerta interna, los mecanismos se dispararían de forma instantánea y los chorros variarían brutalmente la órbita del satélite, lanzándolo contra la atmósfera. Aun en el caso de que ella resolviese correr el riesgo, la súbita corrección de rumbo la arrojaría contra alguno de los mamparos del satélite, produciéndole graves lesiones e imposibilitándola a reaccionar a tiempo para poder continuar con los esfuerzos de liberarse. La fuerza centrífuga, en ocasiones, tiene muy malas bromas.

—Bueno, como sea, no debes preocuparte —dijo, manejando la lámpara de señales—. ¿Estás bien? ¿Te falta algo?

—No, Tengo de todo... menos a ti, cariño.

—Gracias, preciosa. Las cosas no van muy bien por allá abajo, pero te sacaremos, repito. Ten un poco de paciencia.

—Me parece que voy a engordar —se quejó Leni, con lógica femenina.

—Siempre me han gustado las mujeres llenitas —contestó él.

—Pero no los barriles, tonto,

—De acuerdo. Oye, ¿qué hablaste con Peter Storr?

—¿El vendedor de aparatos fotográficos?

—Sí.

—Había vendido a Gyull una cámara.

—¿Te lo dijo él?

—Y me enseño sus libros. Fotografié el asiento en el que

figuraba la venta.

—¿Dónde está esa fotografía, Leni? —«chilló» mi amo, si es que se puede chillar al hablar en Morse.

—Busca en mi casa. Hay un jarrón con flores artificiales. Desenrosca la base. Ahí tendrás el carrete.

—Magnífico. Es una estupenda noticia, apretaremos las clavijas a Gyull y...

—¿Para qué? ¿Es que no tienes bastante con el testimonio de Storr?

—Storr fue asesinado, Leni.

La chica no contestó, pero vimos claramente el «¡Oh»! que formaban sus labios.

—Ferdy, pégales duro —manejó el interruptor de la luz—. Storr era un buen hombre, pese a sus viejos antecedentes.

—Lo haré, descuida. ¿Viste la emisión de televisión?

—Sí. Mi doble lo hizo muy bien. ¿Quién era?

—Shinia Negg.

—Al principio, me quedé atónita —confesó Leni—. Luego me di cuenta de que debía ser uno de tus trucos...

—Pero no ha dado el resultado que esperábamos. De todas formas, no importa. Ten paciencia, querida.

—Esperaré. Soluciona ese asunto y ven luego a buscarme.

—¿Con el sacerdote?

—Y los testigos, Ferdy.

CAPÍTULO XII

Al despedirse de la chica, mi amo hizo que el teniente Dukla situase el cohete bajo la plataforma del satélite. Durante unos momentos, permanecimos allí, examinando los cohetes correctores de rumbo.

Sólo asomaban al exterior las bocas de los chorros. Hay satélites que tienen los cohetes adosados simplemente y enlazados por los correspondientes cables de contacto al interior, a fin de actuar sobre ellos desde el puesto de mando. En tal caso, habría bastado cortar los cables para hacer inactivos los cohetes, pero los del satélite en

que estaba prisionera Leni se hallaban, salvo los chorros, como ya he dicho, en el interior de una gran caja blindada, que no permitiría alcanzar el interior, donde estaban las conexiones. En el momento en que se quisiera violentar la caja, casi tan larga como el diámetro de la plataforma, por medio del soplete, el mecanismo automático se pondría en funcionamiento.

Era preciso reconocer que los bertokianos lo habían dispuesto con diabólica ingeniosidad. Y como un artefacto así no se prepara en unas horas, resultaba lógico pensar que llevaban ya mucho tiempo preparando el golpe que les permitiese desbancar a Rynn y conseguir ellos la firma del tratado.

—Está bien —dijo mi amo al cabo de unos minutos—. Volvamos.

En aquel momento, titiló la lámpara de la radio. El teniente Dukla dio el contacto.

—¿Inspector Kastell? —sonó una voz desconocida para todos nosotros.

—Yo mismo —dijo mi amo, acercándose al micrófono.

—Han encontrado ya el satélite, ¿no es cierto?

Kastell hizo una seña a Dukla. «Localice esa emisora», quería decirle.

—Sí. Usted parece que lo está viendo —contestó el inspector.

—Desde luego —dijo la voz—. Y por una vez, puede pasar, pero no le toleraré que vuelva a aproximarse al satélite o haré disparar el mecanismo automático. Vuelva a la Tierra y deje este asunto en nuestras manos. La vida de esa mujer depende de usted mismo, inspector.

La comunicación se cortó secamente. Al callar el desconocido, Kastell miró al oficial de las PVO.

—Sí, ya tengo localizada la fuente de emisión —dijo Dukla—. Está a unos mil quinientos kilómetros de aquí.

—¡Vamos a por él! —gritó mi amo.

Dukla lanzó el cohete hacia adelante a toda velocidad, mientras hablaba con los patrulleros más próximos. El capitán McDyren se nos unió de inmediato.

El radar nos guió sin un fallo. Nuestro cohete describió una enorme curva en el espacio y voló raudamente hacia el punto donde estaba situada la emisora.

Lo alcanzamos poco más tarde. El inspector lanzó un grito de despecho. A mí no me extrañó en absoluto.

Era un pequeño satélite retransmisor de comunicaciones, inhabitable, destinado únicamente al fin expresado. El bertokiano, quienquiera que fuese, había hablado desde otro sitio, incluso quizá desde la Tierra, empleando el enlace del satélite retransmisor, con lo que su posición actual era indetectable.

El inspector respiró profundamente un par de veces.

—Regresemos —dijo.

Pero antes de tomar la órbita de vuelta, no se olvidó de llamar al sargento Anders para que recogiera el rollo de fotografías del florero donde lo había escondido la previsora Leni.

* * *

El rollo fue revelado y positivado. La página, donde figuraba la venta de la cámara fotográfica a Gyull apareció nítidamente al ser ampliado el negativo.

—No es mucho, a pesar de todo —confesó—. Sólo prueba que Gyull adquirió una cámara de filmar a Storr.

—Pero como lo tenemos enfilado como sospechoso, puede servir de prueba, algún día, si encontramos el original —alegué yo.

—Tendremos el original cuando Rynn rompa las negociaciones, Rocky.

—¿Y el cadáver de Ohlin?

Mi amo se encogió de hombros.

—Lo destruirán. No les interesa conservar una prueba tan comprometedora. Si al menos supiéramos dónde encontrarlo...

Hice funcionar mis circuitos a la máxima tensión.

—Me imagino dónde lo tienen. No en la Embajada, como creíamos.

Kastell me miró, muy interesado.

—En el satélite. Libremos, a no a la señorita Leni, ese satélite está condenado a la destrucción. El cuerpo de Ohlin arderá cuando el satélite entre en la atmósfera.

—Sí, es una deducción lógica —manifestó mi amo de mal humor —. Y no nos queda el recurso de buscarlo y presentarlo como prueba, porque acusaríamos al embajador Rynn y, aunque no fuese así, pondríamos en marcha el mecanismo que activa los chorros correctores de rumbo.

Mi amo se puso en pie, bostezando aparatosamente.

—Son ya más de las doce, Rocky —dijo—. Eso significa que estamos ya a nueve de abril y que antes de que haya terminado el día, estaré asistiendo a la fiesta de la embajada bertokiana.

—Prepararé el frac, supongo.

—Claro —rezongó el inspector—. ¿Qué otra cosa podrías hacer?

Él tenía precisión de descanso, pero yo soy un robot y puedo estar funcionando días y días enteros, sin necesidad de sentarme un solo instante. Ventajas de mi robótica condición. Alguna había de tener, digo yo.

Pasé la noche trabajando activamente. Por la mañana, serví el desayuno al inspector, el cual se marchó poco después, dejándome solo en la casa. Entonces, volví de nuevo al trabajo.

Al atardecer, regresó el inspector. Ya tenía el baño preparado y se zambulló en la bañera, bastante desanimado, todo hay que decirlo. Cuando estuvo listo, le ayudé a vestirse. Realmente, de frac es preciso convenir en que es un humano —sexo masculino— bastante atractivo. Me imaginé que causaría bastantes estragos entre las damas que acudiesen a la fiesta. Y mucho más con su aspecto tristón y amargado, que inducía a cualquier mujer a prodigarle sus frases de consuelo.

Se marchó. Entonces, me dispuse yo a actuar. No está bien que un robot haga lo que yo iba a hacer, pero que me arranquen un par de bobinas si pensaba estarme quieto.

Lo primero que hice fue ponerme un frac, que había alquilado durante el día. Me retoqué un poco las facciones ante el espejo y adherí a mi labio superior un fino bigotito negro, que cambiaba notablemente mi apariencia fisonómica. Añadí un par de gafas de gruesa montura de concha y quedé convertido en el profesor Witzel... sí, el tipo raro que había estado estudiando durante una temporada la antropología bertokiana.

Examiné una vez más la invitación que yo mismo me había fabricado. Mis objetivos visores tienen, cuando se precisa, la cualidad de aumentar el tamaño aparente de las cosas, quiero decir que tanto pueden convertirse en microscopios como telescopios. Basándome en esta propiedad, había trabajado arduamente en falsificar una invitación, la cual podía desafiar todo examen que no fuese hecho por los expertos que fabrican los billetes para el

gobierno. Fui al visófono y pedí un helitaxi, seguro de que mi plan no podía fallar.

El vehículo llegó poco más tarde.

—A la embajada de Bertok —ordené, arrellanándome en el asiento posterior.

Cuando llegamos, di una propina regia al conductor, el cual se deshizo en reverencias. Me bajé del aparato y me dirigí hacia la entrada, en la cual un secretario de embajada recibía a los invitados en primera instancia.

Le enseñé la tarjeta. El secretario derrochó cortesías al reconocerme.

—Nos sentimos honrados de que haya aceptado nuestra invitación, profesor —manifestó—. Por aquí, hágame el favor.

Crucé el umbral, seguro de mí mismo. Los salones de la embajada estaban casi repletos de invitados. Me detuve unos momentos a pocos pasos de la entrada y realicé una pequeña manipulación.

Un hombre de edad avanzó hacia mí, acompañando a una dama escotada y profusamente engalanada.

—El profesor Witzel, si no me equivoco —dijo el embajador.

—Excelencia —contesté, inclinándome ligeramente.

—Nosotros somos los honrados, profesor —manifestó el embajador—. Su misión científica en nuestro planeta ha resultado fructífera y confío que sirva para estrechar en lo sucesivo todavía más los lazos que unen a ambos mundos. —Se volvió ligeramente hacia la opulenta dama que le acompañaba—. Mi esposa, profesor.

—Es para mí un placer, señora —dije, tomando su mano para besársela.

De repente, la mujer pegó un agudo chillido y cayó redonda al suelo, desmayada como un tronco.

El revuelo que se organizó fue considerable. El embajador se inclinó sobre su esposa, mientras que un numeroso grupo de invitados se agolpaba alrededor de nosotros. El inspector Kastell se abrió paso a viva fuerza entre los que presenciaban la escena.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. Excelencia, soy el inspector Kastell Si puedo serle útil en algo...

—No es nada —contestó el embajador, apuradísimo—. Mi esposa ha sufrido un desvanecimiento... Por favor, que alguien me

ayude a llevarla a un saloncito apartado…

Mi amo se brindó de buena gana a ayudar al embajador, junto con un médico invitado. Tuve que refrenar los impulsos de mi circuito de la sonrisa, a fin de no delatarme a mí mismo.

El primer golpe había resultado perfecto. Claro que, si bien se miraba, había hecho daño a un humano… pero, en sentido estricto, no había violado la ley fundamental robótica. Yo no tengo la culpa de que algunos humanos sean…

Algunos de los invitados se me acercaron, preguntándome datos sobre el planeta que yo acababa de «visitar». Les contesté lo mejor que pude, empleando lugares comunes y frases ambiguas y al cabo de un rato conseguí deshacerme de los importunos.

Poco después, trabé amistad con un bertokiano muy simpático. Después de charlar unos minutos, saqué mi pitillera y le ofrecí cigarrillos. Levanté la tapa… ¡y por poco si el sujeto sigue el mismo camino que la embajadora!

Lívido, tembloroso de pies a cabeza, se apartó de mí como alma que lleva el diablo. Corrió en busca del bar y se atizó, una tras otra, tres copas de vino de a medio litro cada una. El pobre lo estaba necesitando.

Diez minutos más tarde, una encantadora bertokiana de ojos amarillos y cuerpo sinuoso pegó un grito que hizo volver a todas las cabezas. Salió corriendo de mi lado, atropelló a un camarero, haciéndole volar por los aires la bandeja repleta de copas, y escapó por la puerta como si la persiguiesen cien legiones de demonios.

La gente empezó a amoscarse y a preguntarse qué pasaba allí. El embajador en persona tuvo que recorrer los salones, tranquilizando a los invitados y excusándose por los incidentes que ocurrían y de cuyo origen, si bien lo conocía primariamente, no tenía una noticia demasiado clara.

La orquesta empezó a tocar una pieza, para animar a los invitados y reparar un poco el desorden. Tranquilizados, hombres y mujeres empezaron a bailar. Los músicos eran bertokianos. El embajador había querido demostrar que también en su planeta sabían hacer buena música. Dejé pasar un buen rato. Me acerqué a la orquesta con disimulo. Una vez más, me puse en acción.

Segundos más tarde, los bertokianos tiraban los instrumentos y salían corriendo como alma que lleva el diablo, organizando un

desbarajuste tan considerable, que provocó a los pocos minutos la deserción de buen número de invitados.

El embajador iba de un lado para otro, sudando copiosamente y tratando de excusarse ante sus invitados. Vi a mi amo una o dos veces, con el desconcierto pintado en su rostro, sin comprender poco ni mucho lo que sucedía. Mis gafas y mi bigote me protegían lo suficiente para que ni él mismo supiera reconocerme.

Ahora, me dije, había llegado el momento de buscar el sitio donde estaba el mecanismo que, por una simple señal de radio, pondría en funcionamiento los cohetes del satélite. Era preciso encontrarlo y ponerlo en condiciones de que no pudiese actuar.

Entonces, cuando más satisfecho estaba, vi asomar por la puerta al auténtico profesor Witzel.

Creí que el mundo —humano— se me caía encima de mis bobinas.

CAPÍTULO XIII

El lector recordará que, mientras mi amo hablaba con Rynn y Shinia, yo escuchaba la conferencia del profesor Witzel, el cual mencionó la superstición que reinaba entre los bertokianos. Un bertokiano podrá reírse de la afición de los terrestres a los horóscopos, lo cual no es más que otra forma de superstición, y un terrestre se reirá de las aprensiones de un bertokiano cuando se encuentra en presencia de un insecto, muy parecido al escarabajo, que abunda en aquel planeta y que, pese a la enconada persecución de que es objeto, no ha conseguido aún ser exterminado.

Es raro, por ejemplo, el humano que no tiene miedo u horror ante ciertos animales que pueblan el planeta: arañas, escorpiones, serpientes... Los científicos dicen que son sentimientos atávicos, latentes en el espíritu humano desde hace cientos de miles de años, cuando esos seres vivos alcanzaban tamaños exorbitantes y el hombre no tenía otra defensa que sus manos y, si acaso, algún buen garrote.

A los bertokianos, con toda su fabulosa potencia mental, les pasa algo por el estilo con dichos insectos: el profesor Witzel había

calificado de superstición a tal sentimiento, con alguna impropiedad. Esto, sin embargo, es lo de menos; se trata de miedo, horror, pánico… como quiera llamarse, pero desarrollado de una forma patológica, enfermiza, que llegaba a convertirles en una ruina humana cuando veían alguno de esos escarabajos.

Yo me había puesto uno —falsificado, por supuesto— en la mano, en el momento de inclinarme para besar la de la embajadora. Tenía algunos más repartidos por distintos puntos de mi indumentaria, la pitillera, por ejemplo, y había bastado que dejase un ejemplar en el estrado de la orquesta para que los músicos saliesen de estampida.

Ésta era la parte más importante de mi plan, aparte de hallar el disparador de los cohetes del satélite. Desmoralizar y aterrorizar a los bertokianos, por lo menos, a los que estaban metidos de lleno en el asunto, de los cuales, Gyull no se había dejado ver todavía.

Pero ahora, ¡Edison mío!, venía el profesor Witzel a estropearme un plan tan bien trazado. Claro que la culpa era mía en buena parte; debí haber calculado que Witzel, efectivamente, sería invitado y…

Me volví cara a la pared y desprendí rápidamente el bigote del labio superior. Me quité las gafas y las guardé en el bolsillo interior del frac. Ahora era Rocky de nuevo.

El embajador se dirigió hacia el profesor. Habló con él discretamente y si yo hubiese sido un humano, no habría escuchado nada, pero forcé la capacidad receptiva de mis circuitos auditivos y capté íntegra la conversación. Con toda la educación que le fue posible, el embajador puso verde a Witzel.

El profesor, atónito, se defendió de aquel ataque, jurando y perjurando que, conocedor de las costumbres bertokianas, no se le habría ocurrido jamás cometer una ofensa semejante. El embajador se dio por satisfecho con las excusas —en apariencia, claro; ¿qué otra cosa podía hacer?— y se retiró.

Witzel se dirigió al bar y pidió una copa. Yo empecé a recorrer los salones, hasta alcanzar la puerta de la cancillería.

En aquel momento, surgió un funcionarlo de la embajada, no sé de dónde.

Tardé algunos segundos en volverme. Cuando lo hice había cambiado de aspecto de nuevo.

—Ah, es usted, profesor Witzel —respiró el sujeto—. ¿Buscaba a

alguien?

—Sí, a un amigo mío... ¿Quiere ver su fotografía? —Le enseñé otro escarabajo, el tipo partió de allí lanzando aullidos de pavor.

Otra vez más, recobré mi expresión habitual. Regresé a los salones y pude ver al funcionario, pálido y tembloroso, hablando con el embajador.

El embajador se dirigió a Witzel, que estaba en el extremo opuesto y, sin mediar palabra, le asestó una monumental bofetada. Witzel era un tipo de malas pulgas y le devolvió la caricia, pero con la mano cerrada, lo cual tuvo como resultado el que el embajador pusiera las piernas en alto y los hombros por tierra.

Miré a mi amo, el cual, desconcertado y atónito, trataba de calmar los ánimos soliviantados. Volví la cabeza a un lado y me alejé hacia el rincón opuesto, donde Rynn y Shinia, ésta radiante de belleza, comentaban los acontecimientos, tan perplejos como la mayoría de invitados,

Temiendo ser reconocido, busqué un rincón más propicio. De nuevo me coloqué el bigote y las gafas.

Delante de mí había una pareja de bertokianos, charlando con bastante nerviosismo. Toqué el hombro del caballero.

—¿Pasa algo? —pregunté. El hombre se volvió.

—Sí, profesor Witzel. Resulta que el profesor Witzel ha...

Se quedó con la boca abierta de par en par. La dama parecía una estatua.

—Decía usted que el profesor Witzel... —murmuré cortésmente —. ¿Se refiere a mí, por casualidad?

El bertokiano miró por encima de mi hombro. Volví la cabeza.

Witzel, muy enfadado, discutía con algunos sujetos.

—Temo que algún bertokiano haya perdido el control de su mente y esté proyectando espejismos con mi imagen —manifesté—. Eso no es correcto, creo yo.

La pareja salió huyendo.

Los invitados empezaron a marcharse. De pronto, vi a Gyull que aparecía en la puerta del salón que daba a los pasillos que conducían a la cancillería.

Los ojos de Gyull brillaban de cólera. Empezaba a darse cuenta de que todo lo ocurrido obedecía a un plan tramado por alguien que actuaba en contra sus conveniencias.

Se dirigió hacia el embajador y le habló brevemente al oído. El embajador le estuchó con toda atención y luego asintió.

Gyull fue en busca de mi amo y le dijo algo. Vi que la cara del inspector se ponía tensa.

Kastell fue hacia la puerta del salón y esperó allí, mientras Gyull lo cruzaba para dirigirse hacia el sitio donde estaban Rynn y Shinia.

Gyull se inclinó delante de la pareja. Shinia tenía la cara tan blanca como la nieve y una de sus manos se asía con fuerza a la del embajador de Neuvea.

Rynn escuchó a Gyull y luego, tomando a Shinia por el brazo, siguió al individuo. Los tres, más el inspector, desaparecieron en el interior de la embajada.

Supuse que iba a desarrollarse el acto final. Y yo, maldita sea, me estaba quedando al margen de la cuestión.

Otra vez me caractericé de Witzel y me dirigí al encuentro del embajador bertokiano. Su Excelencia se quedó de piedra al verme junto a él.

—Permítame presentarle mis más humildes excusas por el incidente de hace unos minutos —dije—. No sé cómo expresarme para conseguir su perdón...

El embajador tenía que congraciarse con los terrestres.

—Olvidémoslo, profesor —dijo, fingiendo buen humor—. ¿Quiere acompañarme al bar a tomar una copa?

—Por supuesto, Excelencia.

La concurrencia había disminuido muchísimo; la mayor parte de los que quedaban eran sólo terrestres. El embajador, con tal motivo, estaba nerviosísimo. Lo más granado de la sociedad había acudido a su fiesta y los incidentes producidos allí no contribuían, precisamente, a mejorar sus posibilidades de conseguir la firma del tratado.

El camarero nos sirvió las copas. Con el rabillo del ojo vi que Witzel conversaba con unos invitados a diez o doce pasos de distancia. El embajador no se había percatado aún del detalle.

Una dama se acercó y llamó su atención. El embajador, tras excusarse conmigo, se volvió hacia la dama.

Mi bigote y las gafas desaparecieron de nuevo. El camarero, atareado, no se percató de la acción. Realmente, estaba adquiriendo una gran práctica.

Saqué la pitillera y me puse un cigarrillo entre los labios. La dama se alejó un minuto más tarde.

—Perdón, Excelencia —dije—, pero ¿no es aquél el profesor Witzel?

El embajador se volvió y me miró, hecho un puro lío. Si un robot puede disfrutar con los apuros de un humano, ese robot soy yo.

Antes de que pudiera reaccionar, añadí:

—Perdón, creo que olvidé las cerillas...

—Sí, sí, claro...

El embajador metió la mano en el bolsillo. En lugar del encendedor sacó un escarabajo bertokiano.

Era un espectáculo digno de ver la carrera que emprendió hacia la salida, olvidando su dignidad y olvidándolo todo, enloquecido por el pánico que le había causado el contacto con él, para ellos, repugnante insecto. Allí se acabó la fiesta, puede decirse.

Entonces, yo galopé hacia la cancillería.

Agucé el oído. Gyull hablaba con Kastell, Rynn y Shinia.

—No saldrán de aquí sin la promesa solemne de que el embajador Rynn romperá las negociaciones —decía el villano—. Aquí, en esta mano, tengo la filmación original. Y al alcance de la otra, como ven, el botón de contacto que puede matar a la señorita Macklen.

Entreabrí la puerta sin que ellos se diesen cuenta de mi presencia.

Gyull estaba sentado tras la mesa del propio embajador. Era fácil apreciar que su Excelencia era una mera fachada y que, en realidad, quien dirigía las actividades de la embajada, era el propio Gyull. Una especie de comisario político, vamos.

Gyull sostenía con la mano izquierda, en alto, un minúsculo rollito de unos tres centímetros de diámetro por uno de grueso. Frente a él, sobre la mesa, se veía una cajita de metal, en cuyo centro había un botón encarnado.

Kastell, Rynn y Shinia estaban a demasiada distancia. Aunque se echasen sobre Gyull, éste tendría tiempo sobrado de apretar el botón fatídico. Y Leni moriría abrasada.

Abrí la puerta totalmente y avancé hacia la mesa, en medio de la estupefacción de los presentes.

—¡Rocky! —bramó mi amo.

Gyull frunció el ceño.

—¿Qué diablos hace aquí ese robot? —tronó.

—He venido a impedir que cause daño a unos humanos —respondí tranquilamente.

Gyull me miró con fijeza durante unos segundos. Luego se echó a reír.

—Tendrías que hacerme daño a mí para conseguirlo. Y yo también soy humano.

—Cierto. No se lo haré —respondí—. Pero ya se encargará Peter Storr de hacerle ese daño que yo no puedo causar.

—¡Peter Storr está muerto! —chilló Gyull.

Conecté el circuito de la sonrisa, con un rápido enlace al de la mentira.

—¿De veras? ¿Ha olvidado los progresos de la medicina terrestre? Hace tan sólo cincuenta años, Peter Storr habría muerto definitivamente. Ahora, los médicos consiguieron salvarle la vida... aunque tiene la faringe en muy malas condiciones. Sin embargo, podrá hablar dentro de un par de semanas... y le acusará a usted, Gyull... y presentaremos la copia de la anotación de la venta que le hizo Storr, y de la cual obtuvo la señorita Macklen una fotografía, que usted no supo encontrar. Con esas pruebas, ¿cree que le servirá de algo su inmunidad diplomática?

Kastell dio un paso hacia el asesino.

—Deme la grabación, Gyull —exigió con severidad.

—¡No, nunca!

Un chillido casi inhumano se escapó de los labios del miserable. Adiviné su intención y, con un movimiento rapidísimo, arrojé un escarabajo sobre la cajita que contenía el pulsador mortal.

Gyull se echó atrás al ver la figura del insecto. Su rostro se tornó verdoso, en tanto que los ojos amenazaban saltársele de las órbitas.

—La grabación, Gyull —repetí.

El bertokiano me miró intensamente.

—A mí no me hará ver ningún espejismo —sonreí.

Me di cuenta de que vacilaba entre el odio y el supersticioso terror que le infundía el insecto. Se enderezó de nuevo y, haciendo un poderoso esfuerzo, se arrojó sobre la caja y golpeó el botón.

Kastell lanzó un rugido de rabia. En el mismo instante, Gyull se

puso tieso, rígido, convertido en un poste, sacudido por levísimos estremecimientos.

Estuvo así unos instantes. De repente, se inclinó a un lado y cayó como una masa inerte.

El mismo miedo le había matado. Yo, no; su superstición.

Pero Leni Macklen se encaminaba hacia un destino atroz, Y moriría abrasada en pocos minutos.

CAPÍTULO XIV

El satélite había ardido al contacto con la atmósfera. Los informes de las PVO habían sido definitivos, al respecto.

Estaban los tres humanos en casa del inspector, que parecían gallinas mojadas. Figúrense cómo estaría yo, que me consideraba el causante de todo.

Serví café en medio de un penoso silencio.

—Amo —llamé.

Kastell me arrojó una turbia mirada.

—Envíeme a la chatarra, lo merezco —dije.

—No —intervino Rynn—. La culpa es nuestra por entero...

Sonó el «ding—dong» de la puerta.

—Con permiso —murmuré.

Abrí. Tuve que enfriar todos mis circuitos y bajar la tensión.

—¿Hay bertokianos en las inmediaciones? —pregunté.

—Nada de eso. —Leni rió alegremente—. No soy un espejismo, sino una chica de carne y hueso.

Sonó un atroz berrido.

—¡¡LENI!!

La chica me sonrió de manera encantadora.

—Perdona, Rocky, pero creo que me llama nuestro amo y señor.

La dejé pasar. Mi circuito de la estupefacción estaba al máximo de voltaje.

Los dos humanos se confundieron en un estrecho abrazo. Rynn y Shinia se sentían asimismo muy felices.

—Pero... ¿cómo has conseguido...?

Leni se separó un poco y se ahuecó el cabello con gesto lleno de

coquetería.

—Me parece que tú, como policía, y yo, como periodista, somos dos verdaderas calamidades. ¿Qué tal, embajador? ¡Hola, señora Negg!

—Explícate de una vez, por lo que más quieras —rogó mi amo, devorado por la impaciencia.

—Bueno, la verdad es que teníamos la solución al alcance de la mano y no supimos verla.

—¿Qué hiciste, Leni?

—Lo más simple. Ponerme el traje del espacio… recordarás que era un satélite pequeño, sin túnel de acceso. Es preciso usar la escafandra para pasar del cohete a su interior y viceversa…

—¿Y qué más?

—Sencillamente, provoqué un cortocircuito. Me quedé sin luz, pero, al mismo tiempo, todos los mecanismos eléctricos del satélite quedaron también sin energía. Y ya me dirás tú qué receptor de radio funciona sin electricidad.

Mi amo se pegó una gran palmada en la frente.

—¡Qué insigne tonto! —se autoinsultó—. ¿Y después? ¡El satélite ardió, tenemos informes…!

—Bueno, el traje espacial dispone de lámpara propia, así que empecé a lanzar destellos, formando el SOS, en Morse, hasta que acudió una patrulla. Les expliqué lo que ocurría y me sacaron de allí. Era preciso guardar el secreto, así que arreglamos el cortocircuito y callamos mi rescate.

Mi amo lanzó un enorme suspiro de satisfacción. Rynn se le acercó y le estrechó la mano con fuerza.

—Sabremos ser agradecidos, inspector —dijo. Sonrió, mientras alargaba el brazo para atraer a Shinia hacia sí—. Nos casaremos apenas hayamos firmado el tratado. ¿Querrán asistir como invitados de honor?

—Naturalmente —manifestó Leni por los dos—. No nos perderemos el acontecimiento, pueden estar seguros de ello.

Rynn y Shinia se miraron amorosamente. A mí me pareció en aquel momento que Shinia había encontrado al hombre que necesitaba. Quizá su vida digamos… accidentada se debía a no haber hallado a un hombre que supiera comprenderla; eso sucede a veces.

El embajador y su novia se marcharon. Kastell y Leni se quedaron solos.

—Rocky —dijo mi amo, sin quitar ojo de Leni—, ¿quieres prepararnos la cena?

—Tengo hambre —dijo ella, prosaicamente, pero también embobada contemplando a su futuro esposo.

Tuve que enfriar el circuito de la ira. ¡A eso es a lo que puede llegar un robot como yo: a guisar para dos enamorados!

Así, no me extraña que hoy día se diga que la cocina es sólo para los robots. Los humanos se aprovechan de nuestros conocimientos, nos exprimen como limones y luego nos envían a prepararles la cena.

¡Sea usted robot y verá lo que le pasa!

F I N

[1] Véase el número 343, de esta misma colección, titulado *Robopol*. (Nota del editor)

[2] Répondez, s'il vous plaît = Se suplica respuesta. (N. del A.)